

La Macroeconomía después de Lord Keynes[1]

Lic. Axel Kicillof

La siguiente es una transcripción de la publicación de Documentos del CEPLAD, Colección "Archivo Abierto", serie "Temas de Historia del Pensamiento Económico", julio de 2004

“Lo cabal de la victoria de los ricardianos tiene algo de curiosidad y misterio; probablemente se debió a un complejo de conformaciones de la doctrina al medio ambiente en que fue proyectada. Creo que el hecho de haber llegado a conclusiones completamente distintas de las que una persona común sin instrucción del tipo medio podría esperar, contribuyó a su prestigio intelectual. Le dio virtud el hecho de que sus enseñanzas transportadas a la práctica, eran austeras y a veces insípidas; le dio belleza el poderse adaptar a una superestructura lógica consistente; le dio autoridad el hecho de que podía explicar muchas injusticias sociales y aparente crueldad como un incidente inevitable en la marcha del progreso, y que el intento de cambiar estas cosas tenía, en términos generales, más probabilidades de causar daño que beneficio; y, por fin, el proporcionar cierta justificación a la libertad de acción de los capitalistas individuales le atrajo el apoyo de la fuerza social dominante que se hallaba tras la autoridad.”

-John Maynard Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el interés y el dinero*

El incisivo pasaje tomado de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* ilustra la concepción de Keynes acerca de la necesaria conexión entre el pensamiento económico dominante y su época histórica. A poco de publicada, la *Teoría general* o ciertas ideas en ella inspiradas se impusieron como una nueva ortodoxia en el campo de la teoría económica. ¿Puede atribuirse esta “victoria” en el terreno de las doctrinas a causas de la misma índole que las señaladas por Keynes cuando se refiere a los ricardianos? ¿Cuál es el genuino aporte científico de Keynes a la teoría económica?

El primer tercio del siglo XX estuvo marcado por extraordinarias convulsiones sociales: la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa, los conflictos obreros en toda Europa, la gran depresión, el surgimiento del fascismo. No se trató, ni mucho menos, de una mera sucesión de violentas turbulencias pasajeras que luego de ocurridas se esfumaron sin dejar huella. A lo largo de ese período el mundo sufrió profundas transformaciones. A mediados del siglo XX la sociedad capitalista emerge de la Segunda Guerra Mundial con un semblante completamente renovado para iniciar sobre nuevas bases una etapa de explosiva y sostenida expansión: la llamada edad de oro del capitalismo.

La gigantesca influencia conquistada por la *Teoría general* no puede atribuirse únicamente a que en ella se discuten ciertas cuestiones teóricas hasta entonces mal enfocadas por la economía clásica heredada; su contribución –según

nuestraperspectiva– es de otra naturaleza. La principal obra de Keynes expresa en la teoría económica algunas de las más profundas transformaciones del sistema capitalista mundial[2]. Nuestro principal esfuerzo estará dirigido al análisis crítico de la obra que dio inicio a la revolución teórica más importante del siglo XX, la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936); el extenso debate que su publicación suscitó de manera inmediata sólo tendrá importancia aquí en la medida en que nos permita contrastar nuestras propias interpretaciones. La Tesis se centrará en la obra de Keynes y no en los desarrollos *keynesianos*[3] (y anti-keynesianos)posteriores. La investigación deberá hacer explícita la diferencia específica entre la construcción teórica de Keynes y la de sus predecesores, es decir, deberá distinguir lo esencial de su aporte. Desde este ángulo, nuestra contribución se inscribe en el ya clásico debate “Keynes y los clásicos”, controversia iniciada por el artículo homónimo que J. Hicks da a conocer pocos meses después de publicada la *Teoría General*. Los antecedentes sobre este tema son innumerables. La discusión entonces comenzada se extiende bajo distintas formas hasta el presente y sus implicancias prácticas en el campo de la política económica la sitúan entre las más apasionadas y trascendentes de la disciplina.

Una reconstrucción del desarrollo de esta teoría no podría nunca ser exhaustiva. Nos referiremos entonces exclusivamente a algunas contribuciones seleccionadas de la copiosa literatura tanto por su propio peso en la discusión como por su relevancia desde la perspectiva adoptada por nuestro trabajo. El debate alcanzó su mayor intensidad durante la segunda posguerra. Fue entonces cuando se definieron las líneas interpretativas de mayor influencia. Luego de esta primera época de apasionadas contribuciones en torno a la *Teoría General*, la discusión continuó; pero, alejándose cada vez más de la obra original considerada como un todo, se limitó sólo a ciertos aspectos parciales de la teoría.

El punto de partida obligado de este recorrido está en la *Teoría General*. El propio autor se encarga de señalar cuáles son las contribuciones a las que otorga mayor relevancia y de explicitar aquellos puntos para los que reclama originalidad y que, según él, distinguen y apartan sus teorías del pensamiento ortodoxo previo.

LAS INNOVACIONES DE LA TEORÍA GENERAL SEGÚN LA TEORÍA GENERAL

En una carta dirigida a Bernard Shaw, fechada el 1° de enero de 1935, un premonitorio Keynes se refiere al futuro impacto que esperaba alcanzar con el libro que publicaría el siguiente año.

"I believe myself to be writing a book on economic theory, which will largely revolutionize –not, I suppose, at once but in the course of the next ten years– the way the world thinks about economic problems. When my theory has been duly assimilated and mixed with politics and feelings and passions, I can't predict what the upshot will be in effects on actions and affairs. But there will be a great change, and, in particular, the Ricardian foundations of Marxism will be knocked away" [4] (citado en Skidelsky, 1994, p. 520).

El Prefacio de la *Teoría General* advierte que el propósito primario del libro es el de abordar problemas de carácter eminentemente teórico, dejando en un segundo plano sus consecuencias prácticas. Las divergencias con el pensamiento clásico [5] se encuentran en el terreno de las "premisas". También en el Prefacio se ofrece una muy esquemática aproximación a esas divergencias. La economía ortodoxa acostumbraba a separar la influencia del dinero de la "teoría fundamental del valor". Keynes cree haber logrado reconciliar ambos aspectos en una "economía monetaria" que sirve de base para el "estudio de las fuerzas que determinan los cambios en la escala del producto y la ocupación como un todo". Como resultado de este cambio en los supuestos básicos se obtiene entonces una teoría más general; la teoría clásica queda reducida a un simple caso especial (Keynes, 1992).

Si nos dejamos guiar por las palabras del autor, el problema central del pensamiento anterior radica en su incapacidad para integrar la teoría del valor con la teoría del dinero en una representación unitaria del sistema económico [6]. Esta crítica fundamental a sus predecesores, anunciada en el Prefacio, conduce a otras múltiples diferencias que se irán desgranando a lo largo del libro. Enumeramos a continuación algunos de los aspectos de la economía clásica que Keynes se propone criticar y que son mencionados en la *Teoría General* de **manera explícita** [7]. La enumeración que sigue respetará su orden de aparición en el libro:

- La economía clásica niega la posibilidad de que se registre una situación persistente de equilibrio con desempleo involuntario. Supone además que el nivel de ocupación de los recursos disponibles está dado y coincide con su plena utilización. Los problemas teóricos fundamentales atañen a la forma en que esos recursos fijos se distribuyen y no se ocupa en cambio de la determinación del volumen total de ocupación (Capítulos 1, 2 y 3).

- La economía clásica supone que el nivel de empleo y el salario real se determinan en el mercado de trabajo, a través de la interacción entre la oferta y la demanda de ocupación. En particular, el “segundo postulado clásico” da por supuesta la igualdad entre salario y desutilidad marginal del trabajo (Capítulos 2 y 20).
- La economía clásica sostiene que todo incremento en la producción genera un aumento equivalente del gasto, es decir, adhiere a la ley de Say de los mercados. Considera por tanto imposible que se produzca una insuficiencia en la demanda global. (Capítulos 2 y 3).
- La economía clásica pretende medir empleando unidades físicas o “reales” los cambios en la producción y el stock de capital, es decir, cree lícito comparar entre sí conjuntos de bienes no homogéneos. Recurre también a la agregación en términos físicos para computar las variaciones de la producción neta. La necesidad de calcular los cambios en el producto en términos reales la obliga a su vez a recurrir al impreciso concepto de “nivel general de precios” (Capítulo 4).
- La teoría clásica no tiene en cuenta adecuadamente el costo de uso de los bienes de capital en su teoría del valor (Capítulo 6, apéndice).
- Algunos autores sostienen, en base a definiciones particulares, que el monto de la inversión total para el conjunto de la sociedad puede diferir del monto del ahorro, lo que da lugar al denominado “ahorro forzado”. Aunque en general se considera que ahorro e inversión son iguales, la teoría clásica carece en este punto de definiciones precisas (Capítulos 6, 7 y 14).
- La economía clásica supone que el ahorro guarda una relación directa con la tasa de interés en el corto plazo, despreciando la influencia del ingreso total sobre las decisiones de consumo (Capítulo 8).
- La economía clásica no contempla el efecto de los incrementos de la inversión sobre el nivel total de producción, es decir, el poder multiplicador de los gastos de inversión sobre el nivel de ingreso global, y, por tanto, de empleo. Al ignorar este efecto condena la intervención directa del Estado mediante el gasto en inversiones (Capítulo 10).
- La economía clásica utiliza los conceptos de productividad, rendimiento, eficiencia o utilidad marginal del capital de manera ambigua, suponiendo que los retornos pueden medirse en términos físicos, lo cual es imposible para el

capital en su conjunto (Capítulo 11 y circunstancialmente en el capítulo 5).

- Al computar la eficiencia marginal de un bien de capital no se considera su tiempo de vida completo. Al tener en cuenta únicamente los rendimientos corrientes, correspondientes al período actual, se pierde el vínculo entre las decisiones económicas actuales y el futuro incierto. El sistema es entonces un sistema estático. Luego, el papel fundamental que desempeñan las expectativas que los agentes se forman sobre el rendimiento futuro probable es ignorado (Capítulo 11).
- La economía clásica confunde la tasa de interés con la eficiencia marginal del capital. Ambas son presentadas como fenómenos reales (Capítulos 11 y 13).
- Por lo general no se distingue el riesgo en el que incurre el prestatario o empresario del que corre el prestamista (Capítulo 11).
- La economía clásica supone que la tasa de interés se acomoda para poner en equilibrio la oferta y demanda de ahorro, es decir, la curva de eficiencia marginal del capital y la propensión psicológica a ahorrar. La tasa de interés se toma como una recompensa al ahorro o la espera y no depende de la forma en que los individuos conservan sus ahorros. Se sigue de allí que un descenso en el gasto corriente provoca una reducción en la tasa de interés mientras un incremento en la inversión tiene el efecto contrario. Se recomienda tanto al individuo como al Estado practicar la abstinencia (Capítulo 13 y 14).
- La teoría clásica de la tasa de interés es contradictoria. Su naturaleza y determinantes difieren cuando la exposición se realiza en el contexto de la teoría del valor y cuando se la define y explica en el marco de la teoría del dinero (Capítulo 14).
- La economía clásica considera una única función del dinero, la de facilitar las transacciones, omitiendo su papel de “depósito”, “almacén” o “reserva” de valor (Capítulos 14 y 17).
- Al suponer una sociedad estática o estacionaria, sin lugar para la incertidumbre, la economía clásica descuida la influencia de la tasa de interés sobre la demanda de dinero a través de la propensión a atesorar. Sobrevivió así la teoría cuantitativa del dinero en su forma tradicional (Capítulo 15).

- Los clásicos sostienen que el capital, al igual que el trabajo, es *productivo*. Capital y trabajo son dos factores de la producción equiparables (Capítulo 16).
- Para la economía clásica si la tasa de interés mantiene un nivel demasiado elevado que sofrena la acumulación de riqueza es porque opera una preferencia natural del hombre en favor del consumo presente y en detrimento del consumo futuro. Supone además que la tasa de interés alcanza siempre la magnitud correspondiente a un grado constante de ocupación y producción (Capítulo 17).
- El sistema económico se dirige a posiciones de equilibrio de manera autónoma mediante una hipotética flexibilidad en los salarios monetarios. Cuando los salarios son rígidos, esta rigidez es la responsable del desajuste. Es por ello que toda reducción en los salarios nominales estimula directamente el empleo. No se toma en consideración el efecto sobre la demanda de una reducción en los salarios (Capítulo 19).
- La economía clásica suele alcanzar sus conclusiones referidas al sistema en su conjunto, considerado como un todo, mediante el simple expediente de la generalización de conclusiones obtenidas al analizar el comportamiento de la empresa o el consumidor individual (Capítulo 19 y 7).
- Los clásicos realizan una separación completa entre su teoría del valor y la distribución, por una parte, y su teoría del dinero, por otra (Capítulos 21, 14 y 2, Prefacio).
- La teoría cuantitativa del dinero lleva a la economía clásica a sostener que un aumento en la cantidad de dinero provocará necesariamente un incremento proporcional en los precios (Capítulo 21).

Aunque incompleta, esta enumeración proporciona un marco adecuado para apreciar las direcciones por las que derivó la discusión posterior. Keynes no establece una jerarquía que ordene sus múltiples objeciones a la teoría tradicional[8]; tampoco hace explícita la conexión interna que las pone en relación. El camino queda entonces despejado para que sus sucesores –tanto detractores como partidarios– pongan énfasis en alguno de estos aspectos, relegando los restantes. Las distintas apreciaciones conducen a conclusiones contrapuestas. En un extremo del arco de las interpretaciones se encuentran algunos autores que destacan la continuidad entre Keynes y los clásicos, afirmando que la *Teoría General* no aporta nada realmente nuevo a la teoría existente y, cuando lo hace, sistemáticamente se equivoca[9]. En el polo opuesto se

encuentran quienes consideran que la ruptura de Keynes con el marginalismo es profunda y sus diferencias irreconciliables. Estas actitudes extremas ante la *Teoría General* no predominaron. Los autores neoclásicos de la corriente teórica principal dirigieron sus esfuerzos a la búsqueda de una integración entre ambas doctrinas, adaptando las ideas nuevas a las pretéritas. Sin embargo, el desafío lanzado por Keynes a los clásicos no fue ignorado. Aun cuando se lograra la unificación de ambos cuerpos teóricos, quedaría por demostrar cuál de los dos sistemas es el que logra subsumir al otro, es decir, cuál es la verdadera teoría general[10].

TESIS: PRELUDIO

La *Teoría General* contiene en sus páginas numerosos desarrollos teóricos apartados –según su autor– del cauce de la doctrina clásica. El debate sobre los mismos domina la historia del pensamiento económico en el siglo XX. Sin embargo, pese al enorme caudal de contribuciones que inspiró la obra, partidarios y detractores de la misma pasaron por alto el problema de su unidad conceptual. Sin este requisito, toda interpretación está condenada a la parcialidad.

Los continuadores de Keynes emplearon múltiples recursos para desatender el problema de la conexión interna entre los elementos que componen la obra. La *Teoría General* fue tildada de inconclusa, innecesariamente compleja e imperfectamente redactada. A la descalificación del libro se suman también algunas sospechas sobre la competencia científica del autor. Keynes es considerado por lo general un brillante polemista, pero no un teórico de envergadura. Sin duda la contradicción formal, la inconsistencia teórica y la ignorancia del autor deben ser rigurosamente probadas, pero tal demostración suele estar ausente. Estos prejuicios, aceptados prácticamente sin fundamento, funcionaron como pretexto para ignorar capítulos e incluso secciones completas de la obra.

Como se verá a continuación, la polémica sobre la *Teoría General* consistió en que cada uno de los autores enfrentados destacaba un aspecto del sistema, tratando de enfrentarlo contra los aspectos destacados por los demás. El debate se fragmentó. El sistema en su conjunto no fue sometido a crítica.

EL PEQUEÑO ARTEFACTO DE HICKS

La reacción ante la publicación de la *Teoría General* no tardó en producirse; fue prácticamente inmediata. El prestigioso economista inglés J. Hicks publicó al año siguiente en *Econometrica* su crucial *Mr. Keynes and the Classics: a Suggested Interpretation*. Nos ocuparemos de este artículo con algún detalle: en él se establecen los andariveles por los que transitará el grueso de la literatura durante los treinta años subsiguientes.

En ocho escasas páginas Hicks presenta un ingenioso y elegante modelo de tres ecuaciones y tres incógnitas, según sus palabras un “pequeño artefacto”, que pretende condensar los aspectos sustanciales de la contribución original de Keynes dispersa en las casi 400 de la *Teoría General*. La “traducción” o “absorción” llevada a cabo por Hicks marcará además la génesis de la futura *síntesis neoclásica*, llamada a sustituir –al menos en la enseñanza y en las aplicaciones prácticas– a la obra original de Keynes. Fue esta versión simplificada de la *Teoría General* la que se popularizó hasta ocupar el lugar de una nueva ortodoxia. Más allá del éxito alcanzado por la formulación de Hicks, su trabajo inaugura el debate que aquí nos incumbe principalmente: ¿cuál es la esencia del aporte de Keynes?

Hicks comienza su artículo con una severa acusación: con el propósito de criticar a sus antecesores Keynes construyó un hombre de paja que no refleja fielmente las teorías más difundidas en aquel entonces. De modo que los economistas, aun aceptando como válidos sus argumentos, no pueden reconocerse como el blanco de esos ataques: “Es fácil entender el desconcierto del economista medio cuando se le dice que ésas eran sus ideas” (op. cit., p. 143).

Es por eso que Hicks emprende una doble tarea. En primer lugar, se aboca a reconstruir una teoría de la ocupación que, según su opinión, representa adecuadamente el pensamiento clásico anterior a Keynes. Sólo después de realizado este trabajo se dedica a esclarecer –mediante la comparación– el verdadero aporte contenido en la *Teoría General*.

El modelo clásico de aceptación general, según Hicks, surge de la conjunción de elementos más “antiguos y primitivos” que los considerados por Keynes. En primer lugar, la ecuación cuantitativa del dinero de Cambridge relaciona de manera única a la cantidad de dinero con el ingreso monetario[11]. Se agregan a ésta dos ecuaciones. La inversión depende únicamente de la tasa de interés. El ahorro está determinado por la tasa de interés y también por la magnitud del ingreso monetario. La

condición de equilibrio obliga a que ahorro e inversión alcancen igual magnitud[12].

Mientras la ecuación cuantitativa establece una relación única entre la cantidad de dinero y el ingreso monetario, las dos ecuaciones restantes permiten obtener el monto de la inversión. Como la producción total se divide en bienes de inversión y de consumo, valiéndose de las funciones de producción respectivas puede obtenerse el nivel total de ocupación.

Hicks utiliza este esquema para identificar con precisión las diferencias entre Keynes y sus antecesores clásicos. En esta representación condensada de la *Teoría General* las innovaciones son escasas. Pueden, en esencia, reducirse a dos pequeñas alteraciones en el modelo clásico: Keynes simplemente modifica la ecuación cuantitativa y la función de ahorro. El ahorro se convierte en una función que depende exclusivamente del ingreso, eliminando de los argumentos a la tasa de interés. Pero la modificación más importante se introduce en la ecuación cuantitativa, que es reemplazada por una función de demanda de dinero condicionada por la tasa de interés (preferencia por la liquidez)[13]. La *Teoría General* se transforma en un compacto sistema de ecuaciones simultáneas[14].

Según Hicks, la contribución fundamental de Keynes consiste en haber rechazado la explicación clásica que sostiene que el ingreso monetario se determina directamente a través de la ecuación cuantitativa; en ese enfoque la tasa de interés no desempeña papel alguno en la fijación del nivel de empleo. En la versión de Keynes, en cambio, la cantidad de dinero no afecta de modo directo el nivel de ingreso, sino que primero se determina el tipo de interés y éste a su vez, mediante la acción del multiplicador, establece el nivel de ingreso monetario.

Todo el esfuerzo teórico original de Keynes puede sintetizarse a través de este pequeño “retoque” al modelo clásico original. El resto de la obra resultaría, en principio, accesorio. Huelga decir que si fuera esta toda su contribución, no parece ser capaz de sacudir la estructura completa de la teoría clásica.

Hicks no se detiene allí, sino que pretende avanzar aun más que el propio Keynes. Llegado este punto propone una nueva formulación del modelo para que gane en “elegancia matemática”, incluyendo ambas variables dependientes, renta y tasa de interés en las tres ecuaciones fundamentales, formulando así una “teoría general generalizada”[15]. Una evaluación comparativa de los resultados no es favorable para Keynes. Al modelo que reflejaría la propuesta de la *Teoría*

General, según Hicks, no podemos considerarlo la *Teoría General*. Si ese es nuestro gusto podemos llamarlo la *teoría especial* de Keynes. La *Teoría General* es mucho más ortodoxa” (op. cit., p. 147). Keynes es entonces responsable de tergiversar la teoría clásica para atacarla. Su pretensión de originalidad debe ser rechazada. No se trata de un cambio radical, sino únicamente de una mejora –por cierto incompleta– de la teoría anteriormente aceptada, de raíz marshalliana, sobre la determinación del producto y el empleo.

“Con esta revisión las ideas del Sr. Keynes vuelven a grandes pasos hacia la ortodoxia marshalliana, de forma que su teoría resulta difícil de diferenciar de las teorías marshallianas revisadas y cualificadas, teorías que ya hemos visto que no son nuevas” (op. cit., p. 147).

En todo caso, el mérito de Keynes se reduce a la reintroducción del tipo de interés en la determinación de la renta [\[16\]](#), una tesis relativamente modesta y poco “revolucionaria”. Las premisas de la economía clásica no son cuestionadas en sus aspectos cruciales.

El sencillo sistema de ecuaciones construido por Hicks puede representarse gráficamente mediante dos curvas en un único diagrama. Hicks denomina IS a la curva que expresa la igualdad entre la inversión y el ahorro. Bautiza LL (más adelante la literatura la llamará LM) a la curva que reúne los pares de valores del ingreso y el tipo de interés que equiparan el stock y la demanda de dinero. En la intersección entre ambas curvas quedan determinados conjuntamente el ingreso y la tasa de interés de equilibrio. Este gráfico permite examinar el problema económico que la *Teoría General* puso en el centro de la discusión: el caso del equilibrio sin pleno empleo. En la representación de Hicks la explicación para este fenómeno debe buscarse en la particular forma funcional de la curva LL. Al existir un nivel mínimo a partir del cual la tasa de interés no puede descender más [\[17\]](#), la curva LL se hace horizontal para niveles bajos de ingreso. De esta manera, cuando la curva IS se encuentra sobre el tramo elástico de la curva LL, cualquier incremento en la eficiencia marginal del capital ocasiona un desplazamiento de la curva IS que no afecta la tasa de interés sino que produce un aumento en el ingreso. En el tramo horizontal –inelástico– de la curva LL, en cambio, un incremento en el stock de dinero es incapaz de producir una disminución en la tasa de interés que desencadene un crecimiento del ingreso monetario [\[18\]](#). “Esto nos lleva a lo que desde muchos puntos de vista es lo más importante del libro de Keynes”,

continúa diciendo Hicks. “Es la zona uniforme de la izquierda del gráfico [el tramo de la curva LL paralelo al eje de abscisas] la que destruye de nuevo a la teoría clásica ... la Teoría General del Empleo es el análisis de la depresión” (op. cit., p. 149 y ss.). En tiempos de crisis, cuando el ingreso se encuentra deprimido la economía no reacciona a estímulos monetarios.

“*Mr. Keynes and the classics*” se convirtió, como señalamos, en el punto de partida del largo debate posterior. El aporte de Keynes es recluido dentro de un modelo estático de equilibrio simultáneo para dos mercados. También hace su primera aparición en el debate una cuestión que habrá de convertirse en el contenido central de la discusión: la capacidad del sistema para alcanzar el equilibrio con pleno empleo a través de mecanismos automáticos autorreguladores, es decir, prescindiendo de la acción del gobierno. ¿Es el desempleo el estado en que se encuentra habitualmente el sistema o, por el contrario, se trata de un caso especial producto de circunstancias particulares? Esta discusión teórica tiene un claro correlato práctico, porque de ella se derivan conclusiones opuestas acerca del accionar posible y adecuado del Estado^[19]. Las posiciones extremas abren camino para una infinidad de matices. Entre quienes aceptan la conveniencia de la participación directa del Estado en el proceso económico, existen posiciones distintas con respecto a la potencia y conveniencia de los distintos instrumentos de política económica.

Para Hicks la obra de Keynes a través del tramo plano de la curva LL, describe al sistema capitalista en su etapa de estancamiento. La *Teoría General* fue una caja de resonancia para el estado de ánimo –apocalíptico– que reinaba en la época de la Gran Depresión.

“En verdad el mundo no tolerará por mucho tiempo más la desocupación que, aparte de breves intervalos de excitación, va unida –y en mi opinión *inevitablemente*– al capitalismo individualista de estos tiempos” (Keynes, 1992, p. 335, subrayado AK).

Si, tal como se afirma en “*Mr. Keynes and the Classics*”, la *Teoría General* se limita a describir a la economía sumida en una depresión como la de la década de 1930, la validez de sus recomendaciones queda igualmente restringida a los tiempos de recesión. Los supuestos de la teoría convencional no son desafiados.

HITOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA SÍNTESIS NEOCLÁSICA: MODIGLIANI, FIGOU Y PATINKIN

Keynes muere en 1946. La Segunda Guerra Mundial, por su parte, dejó en suspenso a la discusión académica sobre la *Teoría General*. Terminado el conflicto bélico se puso en marcha la reconstrucción de una Europa devastada. Se inició entonces un nuevo e inusualmente prolongado período de crecimiento económico sostenido en los países centrales, la llamada “edad de oro” del capitalismo. El clima social caracterizado entonces por la confianza en una prosperidad sin límites resultó propicio para seguir adelante con el proceso de absorción del aporte de Keynes por parte de la escuela marginalista. La forma definitiva de la síntesis neoclásica se fue construyendo en la segunda posguerra en base a las contribuciones de algunos destacados economistas[20]. Nos referiremos a algunos de sus *loci classici*. Modigliani, con un célebre artículo publicado en *Econometrica* en 1944, sigue los lineamientos trazados por Hicks, con el objeto de examinar las condiciones bajo las cuales el sistema “keynesiano” se estaciona en un *equilibrio de largo plazo con desempleo*. El modelo desarrollado en el artículo de Hicks permite determinar la tasa de interés y el ingreso monetario de manera instantánea; no se hace referencia explícita al transcurso del tiempo. Modigliani se propone extender el análisis a un plano dinámico, dejando planteado entonces el problema de las condiciones de estabilidad. Para convertir en dinámico al sistema de ecuaciones de Hicks, recurre al método “más simple y más antiguo”: la distinción entre el equilibrio de corto y de largo plazo[21]. El mercado de dinero alcanza el equilibrio de manera inmediata, es decir, en el corto plazo. Pero la condición de igualdad entre ahorro e inversión no se satisface instantáneamente, pues debe transcurrir cierto lapso de tiempo para que el multiplicador actúe plenamente: la curva IS describe entonces posiciones de equilibrio de *largo plazo*. A partir de esta reformulación se alcanza una conclusión que resultará crucial en la dirección que tomarán los desarrollos posteriores.

“It is usually considered as one of the most important achievements of the Keynesian theory that it explains the consistency of economic equilibrium with the presence of involuntary unemployment. It is, however, not sufficiently recognized that, except in a limiting case to be considered later, this result is due entirely to the assumption of ‘rigid wages’ and not to the Keynesian liquidity preference.” (Modigliani, 1944, p.65)

En su artículo, Hicks considera que el aporte principal de Keynes está vinculado a la inclusión de la función de preferencia por la liquidez; la tasa de interés pasa a ocupar un papel clave como mecanismo de transmisión entre la cantidad de dinero y el nivel de ingreso. Es por eso que la posibilidad de equilibrio con desempleo se asocia a la forma particular de la curva LM. Existe un nivel mínimo por debajo del cual la tasa de interés no puede descender. Queda así determinado un rango para niveles bajos de ingreso en que los cambios de la oferta de dinero son incapaces de estimular la producción.

Modigliani traslada la explicación del equilibrio con desempleo a otro terreno. En esta nueva interpretación se sostiene que el supuesto clave que conduce al resultado alcanzado por Keynes es la rigidez de los salarios[22]. El modelo que construye es capaz de arribar a puntos de equilibrio con desempleo sin necesidad de recurrir a la “trampa de liquidez” de Hicks. Es más, Modigliani demuestra que cuando los salarios permanecen fijos el sistema puede alcanzar la plena ocupación, incluso si se mantiene la vieja teoría cuantitativa del dinero y se prescinde de la preferencia por la liquidez keynesiana (demanda de dinero que depende de la tasa de interés)[23].

Por el contrario, si los salarios ajustan libremente, recurriendo tanto a la teoría cuantitativa como a la función de preferencia por la liquidez en el largo plazo el sistema se acomoda siempre hasta alcanzar posiciones de equilibrio con pleno empleo, ya que el ajuste se realiza a través de una caída de precios y salarios. En estas circunstancias los cambios en las variables nominales no tienen efectos sobre las variables reales.

El mecanismo es simple. Con la oferta monetaria fija, una disminución exógena en la eficiencia marginal del capital (es decir, un desplazamiento de la curva de inversión), empuja a la tasa de interés de equilibrio hacia un nivel más bajo, desencadenando un incremento en la demanda de dinero como activo. El ingreso monetario desciende. Cuando los salarios son flexibles a la baja, tanto éstos como los precios se reducen hasta que se alcanza el nivel de oferta de dinero que satisface la demanda de liquidez correspondiente a la tasa de interés reducida. Como se dijo, las variables monetarias ajustan sin afectar las variables reales. Cuando, por el contrario, los salarios se resisten a descender, la caída de la tasa de interés requiere una disminución en el ingreso nominal que sólo puede lograrse mediante una caída en el ingreso real y en el nivel empleo[24]. El sistema no es inmune a una reducción en la inversión, sino que responde con desempleo persistente.

Bajo el supuesto de salarios flexibles la economía siempre se recupera, alcanzando la ocupación completa. La única excepción se afina en el caso “límite”, cuando la demanda de dinero es infinitamente elástica para un nivel en que la tasa de interés es mayor a la correspondiente al pleno empleo. En esas circunstancias ni siquiera la flexibilidad de salarios y precios puede restablecer el pleno empleo. Fracasa todo esfuerzo encaminado a disminuir el salario real y a incrementar el nivel de empleo, ya que tanto la caída en los salarios nominales como el aumento en los precios estimulan la demanda de dinero como activo, pero esta presión no es capaz de provocar la correspondiente disminución en la tasa de interés.

En resumidas cuentas, el resultado asociado con Keynes se obtiene recurriendo al supuesto de los salarios rígidos. La “trampa de liquidez” puede por su parte provocar equilibrio con desempleo, pero sólo opera en el caso extremo de una tasa de interés mínima. En “*Mr. Keynes and the Classics*” de Hicks, la Teoría General ya se había transformado en un caso particular de la teoría previa. El estudio de Modigliani avanza decididamente por la misma senda, pero estableciendo una nueva condición especial más abarcativa: la resistencia de los salarios a descender.

Para Keynes, en las economías capitalistas la demanda de inversión suele ser insuficiente para asegurar la ocupación plena, de manera que habitualmente se registra una subutilización de los recursos disponibles. En la *Teoría General* el pleno empleo es un caso especial y “extremo” que se produce sólo cuando el gasto en equipos de capital se ubica en el nivel adecuado “por accidente o por designio” (Keynes, 1992, p. 36). Además según Keynes “El carácter esencial del argumento es exactamente igual, sin importar que los salarios nominales, etc., sean o no susceptibles de modificarse” (Keynes, 1992, p. 36). En manos de la *síntesis* la situación se invierte. El modelo queda especificado de tal modo que el equilibrio con desempleo se produce únicamente cuando se adoptan supuestos particulares, supuestos que en adelante serán considerados como ‘el caso keynesiano’^[25]. Las prescripciones de política que se desprenden de la *Teoría General* quedan limitadas a estas circunstancias especiales.

“In conclusion, then, the statement that unemployment is caused by lack of investment assumes implicitly that every possible economic system works under the special conditions of the ‘Keynesian case’; and this is clearly unwarranted. In general the reduced level of investment is not a cause, but just a symptom of unemployment, which in turn is due to essentially monetary disturbances. This conclusion is not only more correct but carries also important implications about the concrete form of economic policies necessary to relieve unemployment.” (Modigliani, 1944, p. 77).

Fuera de ese caso particular la recuperación de las economías capitalistas conserva su carácter automático. El modelo muestra que existen dos hipotéticas excepciones a esta tendencia inexorable que empuja al pleno empleo: a) cuando la economía se encuentra atascada en la trampa de liquidez; y b) cuando los salarios son renuentes a caer a pesar de que hay trabajadores desempleados. **El virus Keynesiano quedó de esta manera identificado y aislado en el laboratorio de la síntesis neoclásica.** El desempleo persiste cuando los salarios no pueden descender, situación ajena a una “economía capitalista libre”[\[26\]](#).

El mecanismo que actúa empujando a la economía hacia el pleno empleo había sido restaurado, pero aún podía ser perfeccionado. Pigou en “*The Classical Stationary State*” de 1943, aporta un dispositivo aun más poderoso para restablecer el pleno empleo cuando los salarios son flexibles: “...*in given conditions of technique and so on, if wage earners follow a competitive wage policy, the economic system must move ultimately to a full-employment stationary state; which is the essential thesis of the classicals*” (Pigou 1943, p. 351). En este trabajo Pigou entabla una discusión con A. Hansen –ferviente seguidor de Keynes– quien había afirmado que en el estado estacionario, es decir, cuando el stock de capital se hace constante –y la inversión nula–, no puede existir pleno empleo. Los términos de la pregunta no corresponden todavía a los planteados por Modigliani ya que el debate es anterior, pero la solución será integrada al argumento principal de la síntesis y formará parte luego del modelo canónico.

Pigou reivindica la posición de los clásicos –i.e. el pleno empleo asegurado–, suministrando un mecanismo que entra en acción cuando los salarios nominales se reducen. La disminución de los salarios monetarios se refleja en una caída de los precios, lo que implica a su vez un incremento del stock de dinero valuado en términos reales (en la literatura se lo denominará “efecto saldos reales”, “efecto liquidez real”, “efecto Pigou”, “efecto riqueza”, etc.)[\[27\]](#). El incremento en la riqueza “real” empujará a una disminución del ahorro, o, lo que es equivalente, a un incremento del consumo. El aumento de la demanda empuja a la producción y el sistema económico regresa necesariamente al equilibrio con pleno empleo.

En la obra de D. Patinkin “*Money, Interest and Prices. An Integration of Monetary and Value Theory*” (1956) los elementos dispersos de la

síntesis son desarrollados e integrados al cuerpo principal de la teoría neoclásica. La primera parte del libro está dedicada a la microeconomía, la segunda a la macroeconomía. Patinkin presenta un ambicioso modelo inspirado en los desarrollos keynesianos precedentes, de notable consistencia lógica.

El sistema formal básico está construido de manera tal que ante cualquier perturbación el equilibrio con pleno empleo se restituye automáticamente[28].

La pieza fundamental del mecanismo autorregulador es ahora el efecto liquidez real, expuesto en el mencionado artículo de Pigou. Por su intermedio toda insuficiencia en la demanda de bienes será finalmente neutralizada, asegurando el retorno de la ocupación plena. Una modificación de la oferta monetaria que presiona sobre el mercado de bienes producirá un cambio en los precios. El valor real de las tenencias de dinero se modifica en sentido opuesto restaurando así la demanda original. Otro tanto ocurre en el mercado de dinero: la tasa de interés retorna al nivel original de equilibrio por la acción del efecto liquidez real sobre el mercado de valores[29] (Patinkin, 1959, p. 163 y ss.). El nivel de precios se convierte en una pieza fundamental del proceso de ajuste.

En el modelo básico de resolución instantánea que expone Patinkin el equilibrio con desempleo simplemente no puede producirse porque en el caso en que el consumo o la inversión descendan exógenamente el desplazamiento de la demanda "...genera automáticamente fuerzas de mercado que tienden a equilibrarlo. Si esta demanda es suficientemente sensible a estas fuerzas, se volverá rápidamente a una situación de pleno empleo con niveles de salarios, precios y tipo de interés más bajos" (op. cit., p. 222). Nuevamente las variables monetarias se modifican sin que las variables reales sufran cambios. Cuando la economía reacciona rápida y flexiblemente no da lugar al desempleo.

El sistema está dotado de poderosos mecanismos automáticos que lo empujan hacia el pleno empleo. La validez de este resultado, no obstante, reposa en un conjunto de supuestos sobre el comportamiento de las variables del modelo, en particular el de la flexibilidad de precios y salarios. Al prescindir de este supuesto el panorama se transforma por completo. Si los salarios y precios son absolutamente rígidos el sistema no puede retornar a la posición de equilibrio con pleno empleo porque queda impedida la operación del crucial efecto liquidez real (op. cit., p.195). Pareciera que hasta aquí sólo se repite el

resultado alcanzado por Modigliani, sólo que en el trabajo de Patinkin se incorpora a la explicación el mecanismo subrayado por Pigou. Sin embargo Patinkin toma distancia de las contribuciones anteriores de una forma peculiar. Lo hace llevando hasta las últimas consecuencias la lógica del modelo planteado por la síntesis.

A partir del análisis contenido en la *Teoría General*, la escuela neoclásica aceptó la posibilidad del desempleo involuntario sin reparos, e incluso se hicieron esfuerzos por construir modelos capaces de generar esa situación, negada hasta entonces por la teoría convencional. Patinkin profundiza el examen de estos resultados considerados involuntarios. Para el análisis económico convencional una decisión es voluntaria siempre y cuando el individuo tenga la posibilidad de situarse libremente en una situación óptima acorde a sus objetivos. Las decisiones voluntarias se reflejan en el comportamiento descrito por las curvas de oferta y demanda, que reúnen las decisiones óptimas de vendedores y compradores. El equilibrio de mercado implica la realización simultánea de los planes de todos los agentes; la igualdad entre oferta y demanda refleja la armonía de estos intereses contrapuestos. Se sigue de este análisis que una situación sólo puede catalogarse de involuntaria cuando los individuos no pueden realizar sus planes óptimos, es decir, se encuentran “fuera” de sus respectivas curvas de comportamiento óptimo deseado. Si esto es así, por definición no puede tratarse de un estado de equilibrio. Sólo puede hablarse de involuntariedad bajo el imperio del desequilibrio.

Este análisis de tipo general permite caracterizar al desempleo involuntario como una situación de desequilibrio en el mercado de trabajo. El desempleo no puede ser otra cosa que un exceso de oferta de trabajo. Pero el análisis estático propio del enfoque de equilibrio general no es apto para evaluar posiciones en las que la oferta difiere de la demanda. Patinkin concluye entonces que el caso del desempleo involuntario sólo puede ser comprendido en el marco del análisis dinámico.

“[E]s en el anterior esquema de desequilibrio dinámico donde debemos estudiar el problema del paro involuntario. Aquí se encuentra la real importancia de la inútil tautología del apartado anterior [equilibrio = voluntariedad, AK]: no es que el paro involuntario no pueda definirse, es que no tiene significado en los límites del análisis de equilibrio estático. Por el contrario, la esencia del análisis dinámico es la involuntariedad: su estudio abarca sólo posiciones que se encuentran fuera de las curvas de oferta y demanda, y los consiguientes esfuerzos de los individuos por volver a su comportamiento óptimo que ello supone, lo que proporciona impulso al mismo proceso dinámico.” (op. cit., p. 227).

Aunque el sistema tienda a regresar por sus propios medios al pleno empleo, durante el proceso de ajuste forzosamente habrá

de producirse desempleo involuntario.. Ante una disminución paramétrica en el nivel de inversión o de consumo el pleno empleo se restituye mediante la variación correspondiente en la tasa de interés o bien mediante la acción del efecto liquidez real. Pero toda caída súbita de la demanda implica para las empresas la incapacidad de colocar sus productos temporalmente, es decir, se registra un aumento generalizado y no deseado de las existencias (acumulación de *stocks* o inventarios). Si la elasticidad del precio o del tipo de interés son insuficientes, el sistema ajustará de manera lenta. En el parsimonioso curso de este reajuste de los precios hace su aparición el desempleo involuntario.

En un modelo donde el ajuste se realiza velozmente, las empresas no alcanzan a reducir el nivel de producción ante la demanda insuficiente, pero en el caso de una recomposición aletargada, se produce una saturación (“*glut*”) general[30] en el mercado de bienes, y se renueva la acumulación indeseada de inventarios. Mientras el exceso de oferta de bienes persiste, los precios y los salarios se deprimen. Las empresas se ven obligadas a disminuir la producción y a reducir también la demanda de mano de obra al salario real vigente. Aparece el desempleo, *como un fenómeno que tiene lugar fuera de las posiciones de equilibrio*. Se trata de un estado de cosas estrictamente involuntario, no sólo para los trabajadores incapaces de conseguir empleo al salario existente a pesar de su disposición a trabajar, sino también para los empresarios, que desearían contratar más mano de obra e incrementar el volumen de la producción, si no chocaran con esta circunstancial imposibilidad de colocar sus productos.

“[T]anto empresas como trabajadores se ven influidos por la misma *fuera mayor* de la insuficiencia de la demanda en el mercado de bienes. Ambos se ven, por tanto, impedidos de seguir la conducta que consideran como óptima” (op. cit., p. 226).

Queda demostrada la posibilidad del desempleo involuntario – en tanto fenómeno dinámico– prescindiendo del supuesto de la total rigidez de salarios o precios. La desocupación, aunque involuntaria, es temporaria y no de equilibrio, sino un fenómeno propio del desequilibrio. Una vez transcurrido el tiempo necesario para que reaccionen las variables correspondientes, se desencadena un proceso cuyo resultado final será la elevación de la demanda en el grado suficiente para compensar la reducción inicial que ocasionó el desajuste. La caída de los precios y los salarios nominales activa la demanda a través del efecto liquidez real conduciendo al sistema

nuevamente al pleno empleo. En la nueva situación salarios, precios e interés serán inferiores. Este proceso dinámico es, según Patinkin, un desarrollo explícito del modo en el que opera en la economía *real* el *tâtonnement* walrasiano. En los modelos de equilibrio general el rematador resuelve en el instante la penosa transición de un estado de equilibrio a otro.

Si por el contrario nos colocamos en el caso extremo en que los salarios y los precios son totalmente rígidos, el proceso dinámico basado en el efecto liquidez real no podría desenvolverse. Si la rigidez aparece sólo al comienzo del proceso para luego desaparecer, éste simplemente se prolongará en el tiempo provocando una situación de desequilibrio con desempleo que finalmente desaparecerá.

“El equilibrio significa pleno empleo o, análogamente, el paro significa desequilibrio. Por tanto, nuestro estudio de las fuerzas correctoras del mercado generadas automáticamente por la presencia de paro involuntario, constituye un estudio de la acción dinámica de una economía en desequilibrio. Y el estudio hecho hasta ahora de que, supuesta la flexibilidad, estas fuerzas restablecerán la situación de pleno empleo, es el supuesto de que la economía es consistente y estable” (op. cit., p.232).

Patinkin define entonces a la economía keynesiana (no necesariamente de Keynes^[31]) como “la economía del desequilibrio sin pleno empleo”. La inelasticidad de la tasa de interés, los efectos de distribución y las expectativas propias del proceso dinámico no colaboran de forma efectiva para reconducir al sistema rápida y dócilmente hacia el pleno empleo. Cuando estas causas operan con tenacidad, el proceso se vuelve inestable y el retorno al pleno empleo luego de una perturbación requiere de alguna fuerza exterior al sistema que actúe exógenamente sobre la demanda.

Patinkin reconsidera bajo esta luz la posición y las conclusiones de Keynes. El autor de la *Teoría General* opinaba que el período durante el cual los salarios, los precios y los tipos de interés tienden a caer y –lo que es peor– los trabajadores no consiguen emplearse, puede ser “intolerablemente largo”. No se trata de una falla esencial del sistema que le impide alcanzar el pleno empleo, sino que bajo ciertas circunstancias la operación automática de la economía puede requerir demasiado tiempo. Se hace indispensable provocar una salida más expedita recurriendo al estímulo directo de la demanda efectiva por parte del Estado. Otra solución posible dentro de este esquema consistiría en forzar una caída en los salarios nominales. Nuevamente Patinkin expone su interpretación sobre la opinión de Keynes, según la cual el ajuste en los salarios es cuando no imposible, al menos inadecuado. La

rigidez de salarios no es una hipótesis de Keynes sobre el modo en que opera la economía sino una solución para el desempleo que el autor de la *Teoría General* descarta por ser políticamente inconveniente[32].

Queda abierta una brecha considerable para la legítima participación directa del Estado. La intensidad y alcance de la intervención se convierte en una cuestión eminentemente fáctica, es decir, supeditada a la magnitud real de los parámetros económicos relevantes (op. cit., p. 244). Los resultados obtenidos llevan a Patinkin a considerarse “más Keynesiano que Keynes”, porque con su formalización el problema del paro involuntario se emancipa del requisito de los salarios rígidos y se convierte en un fenómeno propio de la dinámica económica, capaz de producir situaciones de desequilibrio más allá de los supuestos especiales que se adopten (de corte “keynesiano” o “clásico”, en términos del debate anterior). El desempleo como fenómeno transitorio característico del período que separa dos situaciones sucesivas de equilibrio vuelve a convertirse en una posibilidad que no requiere de supuestos especiales. De este modo sobreviven las tendencias automáticas hacia la plena ocupación aunque la desocupación también está presente en los “poros” del ajuste. Ambos estados son, en cierto sentido, “generales”: la tendencia permanente al pleno empleo, el desempleo durante la transición.

Por último, en el apéndice dedicado especialmente a la discusión sobre el aporte de Keynes –importante para nuestros fines–, Patinkin se esfuerza por mostrar que en la *Teoría General* el uso de la categoría “equilibrio” para el caso del desempleo se corresponde en realidad con una situación de desequilibrio si se conserva el sentido tradicional del término. Keynes debe ser criticado por utilizar el concepto de “equilibrio” de un modo distinto al habitual. En el “equilibrio” de Keynes los salarios y los precios tienden a caer indefinidamente[33]. Claramente no se trata de un equilibrio, pues la concepción generalmente aceptada asocia al equilibrio con situaciones en que las variables permanecen estables. El caso que describe Keynes es, hablando estrictamente, de desequilibrio[34]. Más allá del abuso de las categorías establecidas, éste sería el principal aporte de Keynes.. La rigidez en los salarios nominales no es una premisa del análisis, y es por eso que en la *Teoría General* no se presenta como el argumento clave para llegar al resultado keynesiano. Pero ese supuesto no sería tampoco imprescindible. Keynes muestra, sin embargo, que una política

de pleno empleo basada en la caída del salario no puede llevarse a cabo y es “políticamente” inconveniente. Más allá de la existencia de rigideces en el mundo real, la posición de Keynes sobre la flexibilidad de los salarios que tanta polvareda levantó, obedece en última instancia a una apreciación de naturaleza política.

El otro error que debe ser resaltado en la exposición de Keynes está vinculado con la poca atención que le prestó al efecto liquidez real, fundamental para explicar el proceso de ajuste en la versión de Patinkin. Keynes sólo tomó en cuenta el efecto liquidez real en el mercado de dinero (y su reverso, el de valores), pero ignoró sus repercusiones sobre el mercado de bienes, más concretamente sobre la demanda de consumo (op. cit., p.486 y ss.). Patinkin ofrece una explicación “especulativa” sobre la causa de esta exclusión. Keynes sólo habría tenido en cuenta a los activos físicos como argumento en la función consumo que, por definición, deben considerarse fijos en el corto plazo. Pero esta falencia no es patrimonio exclusivo de Keynes. La fatal omisión, a pesar de ser resaltada por la contribución de Pigou, se trasladó a los modelos keynesianos subsiguientes. Para Patinkin, fue la realidad económica la que atrajo nuevamente la atención sobre este efecto, subsanando el descuido de la teoría. Las condiciones de exceso de liquidez que tuvieron lugar luego de terminada la Segunda Guerra mundial obligaron a una reconsideración generalizada del movimiento “real” de los saldos líquidos. El efecto liquidez real reconquistó así su papel preponderante en el proceso de ajuste representado por los modelos de equilibrio general.

Con la contribución de Patinkin se cristaliza la interpretación canónica de la *Teoría General* (aunque, por cierto, los matices más ricos de su análisis no fueron incluidos en los manuales de enseñanza). Toda perturbación que empuje al sistema fuera de su posición natural de pleno empleo pone en acción fuerzas automáticas que lo devuelven a su situación original. El ajuste en dirección al pleno empleo es en última instancia cuestión de tiempo. En el período de desequilibrio se presenta el desempleo. La mayor o menor rigidez en los precios y los salarios simplemente retrasa o precipita el proceso, cuyo saldo es forzosamente el pleno empleo.

Hemos examinado hasta aquí algunas de las principales contribuciones del período de elaboración de la *síntesis* en el seno de la escuela neoclásica. Nuestro particular interés por estas primeras obras correspondientes al período de asimilación

de la *Teoría General* reside justamente en que en ellas se entablaba aun un diálogo directo y fluido con las principales ideas de Keynes en su versión original. Este análisis contribuye además a la comprensión de los carriles adoptados por las investigaciones posteriores. Los primeros arquitectos de la síntesis se vieron obligados a dejar sentado cuáles eran las rupturas y continuidades de Keynes con respecto a la teoría previa. Pero tan pronto como el “pequeño aparato” de Hicks debidamente calibrado y mejorado fue ganando mayor aceptación, el debate teórico comenzó a languidecer. El modelo simplificado se hallaba en acuerdo con los usos, costumbres y métodos característicos de la economía del *mainstream*. Ocupó entonces el lugar de la obra original [35]. No sólo se convirtió en la referencia obligada en lo que sigue del debate sino que la agenda de investigación de los años subsecuentes se estableció en base a sus premisas. El trabajo académico se dirigió a enmendar los defectos teóricos del modelo básico, ampliando sus alcances y aplicaciones, y a acomodar los numerosos resultados de un sinfín de estudios empíricos [36]. El forcejeo de Keynes para “...huir de la tiranía de las formas de expresión y pensamiento habituales ... que entran rondando hasta el último pliegue del entendimiento de quienes se han educado en ellas” parecía haber fracasado; los modelos keynesianos convivían pacíficamente con la teoría económica a la que Keynes había declarado la guerra. Las décadas de 1950 y 1960 fueron un período de consenso entre los economistas [37].

La revolución keynesiana cobró así una dinámica propia y parecía poder seguir su curso prescindiendo de las ideas germinales del propio Keynes, descuidando en especial los aspectos más polémicos y problemáticos de su obra cumbre.. Se abandonó asimismo la discusión en torno de la naturaleza de sus innovaciones teóricas. El dictamen era, hasta el momento, poco favorable para Keynes, en vista de sus numerosos reclamos de originalidad. La doctrina neoclásica fue reivindicada, conservando para sí el lugar de la más general de las teorías. Se restauró la confianza en las fuerzas autoequilibrantes del sistema. El problema de la integración fundamental entre valor y dinero fue dejado de lado. La posición de Keynes se redujo a ciertos supuestos especiales referentes a la rigidez de precios y salarios [38], a la existencia de trampa de liquidez y a las demoras del proceso ajuste [39].

¿Era el fin de la revolución iniciada por Keynes? La aparente calma fundada en la reconciliación de lo viejo con lo nuevo no alcanzaba, a pesar de todo, para disimular el profundo quiebre

con el pasado. Un quiebre considerable se produjo a espaldas y contra la voluntad de los economistas neoclásicos. Después de la aparición de la *Teoría General* la teoría económica jamás volvió a ser la misma. Al adoptar la sugerencia de Keynes, debieron separarse en dos ramas nítidamente diferenciadas: la microeconomía y la macroeconomía[40]. Esta escisión de lo que antes era un cuerpo teórico único fue aceptada de manera prácticamente universal, imponiéndose en los programas de investigación y enseñanza, conquistando un lugar incluso en el *conventional wisdom*[41].

Por otra parte, más allá de las peripecias del debate teórico que tuvo lugar en los claustros y los *journals* especializados, la prédica de Keynes alcanzó sus propósitos en el campo de las políticas económicas, imponiéndose por sobre las prescripciones ortodoxas que se derivaban de las teorías anteriores[42], [43].

EL REGRESO A KEYNES

El abundante material teórico de la época del consenso tenía como punto de partida y marco de referencia al modelo producido por la síntesis[44]. Es por ese cambio de foco que en pocas oportunidades el curso de las polémicas de la macroeconomía coincide con el nudo principal de nuestra investigación acerca del aporte genuino de Keynes. Las referencias a la obra original se restringen a aspectos parciales de la teoría y no al sistema considerado como un todo.

No obstante, a fines de la década de 1960 comienzan a cobrar fuerza algunas posturas que se enfrentan a la visión dominante de la síntesis. La necesidad de dar nuevas respuestas ante la crisis mundial de principios de la década de 1970 contribuyó de forma decisiva a resquebrajar la unanimidad que hasta entonces reinaba entre los economistas[45]. El derrumbe del consenso dentro del *mainstream* condujo a la discusión por nuevos caminos, pero sólo algunos de ellos llevaban de regreso a la *Teoría General*. La mayoría de los desarrollos posteriores se abocó a una reformulación del pensamiento de la síntesis que, en lo fundamental, se mantenía dentro de los límites establecidos por las primeras aportaciones que ya repasamos.

Mientras algunas posiciones reivindicaron los argumentos “keynesianos”, otras los rechazaron con vehemencia. La línea divisoria entre estas posturas antagónicas no se encuentra tanto en el corazón teórico de los distintos planteos, sino que se hace manifiesta en sus resultados: según la visión generalizada

un modelo es considerado “keynesiano” si produce equilibrio con desempleo. El enfrentamiento –que se prolonga de modos diversos hasta la actualidad– tiene además su reflejo directo en las distintas “recomendaciones” acerca del grado y forma de intervención del Estado en la economía. La discusión acompañó de cerca la controversia acerca de las políticas económicas más adecuadas para cada situación histórica particular, confundiendo a veces con esta última.

Pero, más que las numerosas contribuciones y las apasionadas controversias en torno a las ideas keynesianas en cuanto a sus conclusiones prácticas, nos interesa referirnos a aquellas posiciones que, rechazando de plano la interpretación canónica asociada al consenso, se propusieron volver a la fuente, examinando la obra de Keynes *ab ovo*. Es decir, a las nuevas interpretaciones de la *Teoría General* destinadas a rescatar su “espíritu” original olvidado por la síntesis. Nos detendremos en aquellas que se afanan en la búsqueda de las nuevas premisas teóricas anunciadas por Keynes e ignoradas por el *mainstream*.

Uno de los más serios intentos encaminados a recuperar el verdadero aporte de Keynes, surgió del seno mismo de la escuela marginalista con los escritos de R. Clower y A. Leijonhufvud. Nos referiremos con algún detalle a sus posiciones.

En primer lugar, y a los fines de evitar confusiones entre las distintas posturas, establecen una tajante distinción entre las ideas “de Keynes” y las de sus seguidores, los “keynesianos”. Era menester revalorizar la contribución de Keynes a la teoría económica, ya que el debate “Keynes y los clásicos” giró alrededor de algunos elementos secundarios de la problemática original dejando de lado sus aspectos fundamentales. Esta selección llegó a tal punto que terminó por convertir a Keynes “...en un charlatán que ocultó sus triviales manipulaciones tras un velo de palabras sobre temas irrelevantes” (Leijonhufvud, 1976b. p. 84).

La llave teórica para una novedosa interpretación de Keynes se encuentra en la “hipótesis de la decisión dual” propuesta originalmente por Clower (1965). La

teoría microeconómica convencional supone que la maximización de la utilidad de los consumidores y la maximización de beneficios de los productores arrojan como resultado las respectivas curvas de demanda y oferta de mercancías, por un lado, y de servicios productivos por el otro. Clower denomina a los niveles óptimos derivados del ejercicio de optimización niveles “ideales” o “nocionales”. La ley

de Walras asegura por su parte que la suma de las demandas (“ideales”) excedentes de todos los mercados debe ser igual a cero. La contribución de Clower permite analizar las situaciones en las que el sistema no se encuentra en equilibrio, avanzando entonces hacia una comprensión microeconómica del desequilibrio. Cuando se registra un exceso de oferta en el mercado de trabajo, por ejemplo, las familias no consiguen colocar en el mercado todo el trabajo que óptimamente desearían vender, es decir, no consiguen ubicarse sobre su curva de oferta “ideal”. Pero las consecuencias de esta incapacidad de realizar sus planes óptimos no terminan aquí. La imposibilidad de vender su fuerza de trabajo modifica a su vez la restricción presupuestaria relevante para sus decisiones de consumo de bienes. Las familias reaccionarán recortando sus compras como contrapartida necesaria de esta restricción no deseada de sus ingresos, disminuyendo la demanda de otras mercancías. A estas demandas restringidas por el estado de desequilibrio Clower las denomina “efectivas”. Ante esta situación, desaparecen las fuerzas dinámicas que ayudan a restaurar el equilibrio, porque en el mercado de trabajo existe un exceso de oferta “ideal” mientras en el mercado de bienes existe un exceso de oferta “efectivo”. Como puede verse, la ley de Walras no es operativa y no aporta una adecuada descripción de los estados de desequilibrio.

La conexión con la obra de Keynes salta a la vista. Según estos autores la noción de demanda efectiva, primordial para el pensamiento de Keynes, no tiene cabida en el enfoque walrasiano predominante; Clower brinda así “...una fundamentación microteórica para el concepto central de la teoría keynesiana de la demanda efectiva” (Leijonhufvud, 1979, p. 84).

En su trabajo seminal, de explosivas repercusiones, Leijonhufvud (1976a) busca demostrar que la raíz teórica de Keynes es fundamentalmente distinta a la de los clásicos, pero también a la de la síntesis, a pesar de su etiqueta “keynesiana”. Los intérpretes neoclásicos despreciaron por completo el intento de Keynes de reconciliar la teoría del valor con la teoría del dinero, a pesar de que este era su caballito de batalla en la embestida contra el pensamiento previo. Para Leijonhufvud se construyó una leyenda en torno a Keynes, sus palabras fueron sustituidas por una interpretación mítica que es necesario derribar, en tanto se aleja de sus desarrollos e ideas particulares. Con este fin se propone reconstruir la “visión”[\[46\]](#) original de Keynes. La discusión se sitúa

nuevamente en el plano de las premisas teóricas fundamentales.

Para los llamados “desequilibristas”, la confusión más difundida consiste en asumir que el estudio de Keynes se refería a situaciones de equilibrio, cuando en realidad el foco de su concepción propia de demanda efectiva está puesto en el proceso de ajuste del sistema económico ante distintas perturbaciones. La *Teoría General* analiza estados de desequilibrio[47]. Lo novedoso está vinculado a las concepciones acerca del desequilibrio en los mercados.

La tradición marshalliana anterior a Keynes supone que los precios reaccionan rápidamente en el corto plazo cuando se produce un desequilibrio, en tanto las cantidades negociadas no sufren modificación alguna. La visión que se desprende de la *Teoría General* sobre este problema es diametralmente opuesta: primero reaccionan las cantidades, como el ingreso real, mientras los precios permanecen relativamente fijos. Las familias sufren así restricciones de renta como las descriptas por Clower, que dan lugar a las deficiencias en la demanda efectiva y a las posteriores repercusiones amplificadas (efecto multiplicador).

“El revolucionario impacto de la economía keynesiana en el pensamiento contemporáneo radicó, principalmente en la inversión del orden de las velocidades de ajuste de los precios y las cantidades” (Leijonhufvud, 1976a, p.57).

Para los modelos de la síntesis la rigidez de precios tiene su origen en factores institucionales o estructurales. Se pasa por alto así la contribución más importante de Keynes a los fundamentos de la teoría de los mercados, es decir, a la “teoría del valor” neoclásica. Al penetrar en el análisis del desequilibrio se impone necesariamente dejar de lado los enfoques inscriptos en la tradición del equilibrio general de tipo walrasiano en donde el ajuste se produce instantáneamente[48]. Fuera del equilibrio, en cambio, tienen lugar “operaciones en falso”[49] que de otra manera son impedidas por la ficción analítica del subastador.

Los procesos económicos llevan tiempo. En el mundo real los individuos no toman sus decisiones saltando mágicamente de un punto de equilibrio a otro. Es por eso que mientras el proceso de ajuste se desenvuelve no cuentan con perfecta información acerca de los precios de equilibrio. Es esta falta de información inherente al proceso económico –aun cuando se desenvuelve con normalidad- la que asegura la existencia del desequilibrio.

“No hay ningún *deus ex machina* para enderezar las cosas, ni ningún subastador walrasiano que asegure que los precios dicen la verdad (y nada más que la verdad) respecto a cómo pueden y deben asignarse los recursos” (Leijonhufvud, 1976a, p. 75).

La visión original de Keynes no puede encorsetarse en un esquema de equilibrio general: la ley de Walras se vuelve irrelevante para describir un sistema en desequilibrio (Leijonhufvud, 1976b, p. 104). Esta concepción esencialmente diferente acerca de la “teoría del valor” conduce a su vez a un concepto del dinero distinto al de la teoría marginalista ortodoxa. En el marco del equilibrio general un bien cualquiera puede ocupar el lugar del dinero porque todos los bienes son perfecta e igualmente líquidos; son líquidos porque a los precios de equilibrio los agentes pueden siempre vender y comprar las cantidades deseadas. Pero una vez que se abandona la ficción walrasiana, en ausencia de rematador y sin información perfecta, sólo el dinero conserva la propiedad de ser perfectamente líquido y la particularidad de ser objeto de cambio en todos los mercados. El dinero es el único medio de compra[50]. El secreto del desempleo involuntario reside en esta propiedad del dinero. Mientras el marginalismo walrasiano borra esta cualidad como atributo exclusivo del dinero, en un sistema en desequilibrio donde los individuos carecen de información completa[51] reaparece plenamente. Los modelos de la síntesis, al pasar por alto la discusión sobre la teoría del valor y del dinero, atribuyeron todas las dificultades a la falta de flexibilidad de los precios impuesta por las restricciones monopolísticas de los trabajadores, las empresas, el estado. Sin embargo la explicación del desempleo involuntario no debe buscarse en estas imperfecciones, sino en las características de toda economía capitalista.

“En las economías en que se emplea un medio de pago, el exceso de demanda de trabajo no es sino “ideal”: no es comunicado a los patronos en forma de demanda efectiva de *output*. Las desgracias resultantes son por completo ‘involuntarias’.” (Leijonhufvud, 1976a, p.86).

Como puede verse, esta interpretación de Keynes difiere sustancialmente de la que inspira a los desarrollos “keynesianos” de la época del consenso. La síntesis descansa en un “supuesto especial”: precios y salarios son rígidos. No cuestiona la teoría del valor asociada al mecanismo del equilibrio general[52]. Sin embargo, sólo fuera de este mundo idílico tienen lugar los procesos de desviación amplificada y de distorsión de la información reflejados en

La Teoría General y que ocurren en el mundo real. Estas innovadoras líneas básicas esbozadas por Clower y Leijonhufvud obligaron a una reconsideración de la obra de Keynes [53] que si bien no conquistó la aceptación mayoritaria en el mundo académico, al menos logró convocar nuevamente la atención sobre una controversia que había sido sepultada en la práctica.

RESTAURACIÓN NEOCLÁSICA: MONETARISMO Y DESARROLLOS POSTERIORES

El derrumbe del consenso keynesiano tomó también la dirección opuesta. Al tiempo que los teóricos del desequilibrio regresaban a la *Teoría General* en busca de nuevas pistas, comenzó también a fortalecerse una influyente vertiente que cuestionaba abiertamente la relevancia de las ideas keynesianas, a la que de manera genérica e imprecisa se llamó “monetarismo”. Sin lugar a dudas M. Friedman es el principal exponente de esta escuela. A través de una serie de objeciones a las convicciones arraigadas en el pensamiento de la síntesis neoclásica, se puso en marcha un debate cuyos resultados probablemente se hicieron notar con mayor fuerza en el plano de las políticas económicas que en el campo de la teoría (Bleaney, 1985). El enfoque no alcanzó a conformar un nuevo conjunto teórico, e incluso, según muchas opiniones, no cuestiona las convicciones teóricas keynesianas en su esencia [54].

Aunque los contornos precisos del enfoque monetarista no están del todo definidos, en esta visión esquemática nos contentamos con reproducir sus principales críticas a los desarrollos del keynesianismo de la síntesis.

En su artículo de 1956, “Nueva formulación de la teoría cuantitativa del dinero”, Friedman dirige un ataque a la perspectiva keynesiana que se había convertido en una nueva ortodoxia.

Recapitulemos. Para Hicks (1937) en la teoría clásica –prekeynesiana– la renta monetaria estaba determinada unívocamente por la cantidad de dinero, a través de la llamada teoría cuantitativa del dinero en la versión de Cambridge. Según el criterio de Hicks, el principal aporte de Keynes consistía justamente en haber derrocado esta representación, reemplazando la antigua teoría cuantitativa por la función de preferencia por la liquidez, es decir, por una función de demanda de dinero dependiente de la tasa de interés. Esta leve

modificación trae consigo notables consecuencias. El mercado de dinero determina únicamente la tasa de interés; el ingreso monetario se fija a través de la igualdad entre ahorro e inversión en el mercado de bienes. El dinero para Keynes (siempre según Hicks) no es una fuerza todopoderosa en la determinación del ingreso monetario, sino que sus efectos están mediados por el proceso de ahorro-inversión. El stock de dinero sólo afecta indirectamente al nivel de ocupación.

Friedman, por su parte, intenta recuperar el perdido protagonismo para la vieja teoría cuantitativa, aunque remozada en “una versión más sutil y significativa” que la convierte “en un instrumento flexible y con sensibilidad para interpretar los movimientos de la actividad económica agregada, así como para desarrollar prescripciones políticas relevantes”(Friedman, 1985, p. 153). La correcta interpretación de la teoría cuantitativa, según Friedman, implica considerarla una teoría de la demanda de dinero, abriendo así las puertas a “un enfoque teórico que insiste en la importancia del dinero” (op.cit., p. 153). En síntesis : *Money matters*. Lo que distingue entonces a un teórico cuantitativista (monetarista) de uno que no lo es (es decir, de un economista keynesiano) es que para el primero la función de demanda de dinero “juega un papel vital” en la determinación de las variables más importantes, en particular el nivel de precios y la renta monetaria.

Para Keynes la tasa de interés depende de la preferencia por la liquidez, que incluye una demanda especulativa de dinero fuertemente subordinada al estado de las expectativas y, por lo tanto, altamente inestable. Antes de Keynes pocos cuestionaban la estabilidad de la velocidad de circulación del dinero (v o su

inversa cambridgeana k), a la que incluso se consideraba una variable de carácter institucional y por tanto de magnitud prácticamente constante. Si la velocidad de circulación es firme, la política monetaria es un instrumento efectivo y confiable para modificar el nivel de ingreso. Al reemplazar esta representación por el enfoque de la preferencia por la liquidez afectada por las previsiones cambiantes, Keynes arroja un manto de sospecha sobre la capacidad de la política monetaria, no ya para determinar directamente el nivel de producto monetario, sino incluso para manipular la tasa de interés a través de las operaciones del Banco Central[55]. Así, la única salida posible para el estancamiento es la política fiscal.

Friedman disiente enfáticamente en este punto: la demanda de dinero no es “un fuego fatuo, que se desplaza erráticamente y

de forma impredecible con cada rumor o expectativa” (op. cit. p.163). “El teórico cuantitativista acepta la hipótesis empírica de que la demanda de dinero es muy estable, *más que otras funciones, como la de consumo, que se presenta como relaciones clave alternativas*” (op. cit. p. 163, destacado AK). La firmeza de la demanda de dinero se complementa con una hipótesis sobre la inestabilidad de la demanda de consumo. Así la desconfianza se desplaza hacia las políticas de gasto. En resumidas cuentas, para los monetaristas los cambios en la cantidad de dinero se convierten en la principal causa de las variaciones en el ingreso monetario[56], explicación claramente enfrentada a la de Keynes e incluso a la de los keynesianos de la síntesis.

Aunque en términos generales el enfoque es hostil a las ideas inspiradas en la *Teoría General*—y precisamente por ello— la discusión sobre los aportes originales de Keynes es prácticamente abandonada, tendencia que se consolida en las investigaciones posteriores. El eje del debate se aleja del plano estrictamente teórico haciendo nuevo centro en las diversas apreciaciones sobre la efectividad y oportunidad de las políticas monetarias y fiscales. En estudios posteriores Friedman (*interalia*) se esfuerza por apuntalar la idea de que el consumo no está vinculado de manera inmediata con el ingreso corriente, dando lugar a la llamada hipótesis de la renta permanente. Si el consumo no reacciona ante cambios en el ingreso actual[57], el efecto multiplicador del gasto se neutraliza. Es otro ataque contra la efectividad de la inversión pública.

Lo- visto hasta aquí parece sugerir una inclinación por la política monetaria antes que por los estímulos reales, lo que llevaría a creer que tanto monetaristas como keynesianos impulsan la intervención del estado, aunque difieran los instrumentos recomendados. Pero, como veremos, el monetarismo no lleva ese nombre por proponer una intervención de tipo monetaria. El movimiento en la cantidad de dinero supera a la política fiscal en su influjo sobre el ciclo económico. Las autoridades monetarias poseen un poderoso instrumento. Mal utilizado es capaz de provocar daños irreparables. Friedman se inclina entonces por reducir al mínimo toda intervención discrecional de las autoridades, recostándose en las fuerzas autoequilibrantes del mercado. Esta postura abre paso a una abierta oposición a la intromisión del Estado en el proceso económico.

“Más tarde o más temprano —y tal vez antes de lo que la mayoría de nosotros espera—, un sector público cada vez más intervencionista destruirá tanto la prosperidad que debemos al sistema de

libre mercado como la libertad humana proclamada de manera elocuente en la Declaración de Independencia” (Friedman, 1997, p. 22).

Para los monetaristas las fluctuaciones en la demanda agregada responden principalmente a fluctuaciones en la oferta de dinero. Este enfoque permite evaluar el efecto de las distintas políticas públicas. Pero también se utilizó como clave para reinterpretar la historia de las fluctuaciones económicas como un resultado de perturbaciones vinculadas a la moneda circulante. Esta lectura monetarista concluye, en términos globales, que todas las tragedias económicas fueron resultado de políticas públicas erróneamente concebidas o mal implementadas.

Bajo el ala del monetarismo se agruparon los principales detractores de las ideas keynesianas dentro del *mainstream*. Luego de generar una agitada polémica, esta corriente fue perdiendo gradualmente protagonismo. No obstante, ciertas intuiciones novedosas del monetarismo dieron lugar a algunos desarrollos antikeynesianos posteriores en el seno de la escuela neoclásica, cuya influencia perdura hasta la actualidad.

En la macroeconomía se configuró un cuadro de disgregación teórica que contrasta fuertemente con la “unanimitad” de la época del desarrollo de la síntesis. Mankiw afirma en 1990 que “los modelos macroeconómicos y la visión del consenso fallaron tanto empírica como teóricamente. Este fracaso produjo en la macroeconomía un período de confusión, división y excitación que aún continúa” (Mankiw, 1990, p. 6). Ese período de desconcierto comenzó a principios de los 70, y dio lugar a la consolidación de nuevas vertientes que coexisten sin que ninguna haya logrado hasta el presente establecer una clara hegemonía. Se fortaleció en cambio en todas ellas una tendencia al abandono prácticamente total de las ideas originales de Keynes^[58], lo que implica dejar de lado la discusión en torno de la *Teoría General*. Es por eso que los desarrollos recientes de la macroeconomía resultan escasamente relevantes en el contexto de nuestra investigación, centrada en la contribución novedosa de Keynes. Mencionaremos no obstante algunos aspectos destacados del debate actual.

El modo de introducir las expectativas en los modelos macroeconómicos fue uno de los puntos más cuestionados por la nueva generación de economistas que despuntó a partir del derrumbe del consenso. La economía neoclásica acostumbra considerar a todas las decisiones de los agentes individuales como un resultado de un comportamiento racional y, por tanto,

dirigido a optimizar las variables objetivo del agente. Keynes y la economía keynesiana dan a las expectativas acerca del futuro enorme trascendencia en la determinación de las variables fundamentales. Aunque la importancia de las expectativas no es cuestionada, se critica en cambio el tratamiento que reciben, al que se juzga superficial y contradictorio con el cuerpo principal de la teoría económica[59]. “Sería un acto de esquizofrenia no suponer que los agentes económicos actúan racionalmente cuando forman sus expectativas sobre el futuro” (Mankiw, 1990, p. 8)[60]. Llevando al extremo el supuesto de que los individuos no pueden cometer errores sistemáticos al tomar sus decisiones, es decir, no pueden ser continuamente engañados por las autoridades (“*you can’t fool all the people all the time*”), surge la hipótesis de las expectativas racionales[61]. Para lograr una adecuada consistencia con el cuerpo principal de la doctrina neoclásica, la construcción de los modelos debe partir del supuesto de que los agentes conocen la estructura real de los procesos económicos y forman sus expectativas sobre la base de ese saber. Los agentes son considerados omniscientes. De esta manera las expectativas se convierten en racionales, en lugar de ser arbitrarias y caprichosas.

La hipótesis de expectativas racionales ganó general aceptación, revolucionando la forma de construir los modelos predominantes en la síntesis. Sin embargo, el debate continúa. A partir de este factor común pueden identificarse –de manera esquemática– dos corrientes divergentes en la macroeconomía neoclásica posterior a la década de 1970: “nuevos clásicos” y neokeynesianos. La línea divisoria más nítida entre ambos enfoques tal vez se encuentre en sus posiciones opuestas en lo que respecta a la capacidad de los mercados para alcanzar posiciones de equilibrio[62]. Aunque el marco analítico es en gran medida similar, para los neokeynesianos el vaciamiento de uno o más mercados es impedido por una serie de circunstancias cuya consideración no debe ser omitida en las representaciones del proceso económico[63]. La falta de flexibilidad de los precios, la ausencia de competencia perfecta y las fallas de coordinación e información son algunas de las direcciones exploradas para rechazar el enfoque de equilibrio general walrasiano característico de los nuevos clásicos. Las posiciones teóricas divergentes sobre este punto (el equilibrio) llevan a su vez a apreciaciones dispares sobre la política económica, aunque en este terreno las diferencias no son del todo nítidas.

Si bien el nombre de Keynes aun divide las aguas dentro de la macroeconomía, el cauce principal de las discusiones se alejó cada vez más de su origen: la *Teoría General*. Los modelos de la síntesis son fuertemente criticados, pero aun así se los acepta “en principio” como fiel representación del pensamiento de Keynes. El blanco de las críticas para ambos grupos no es ya Keynes sino la versión surgida de su absorción por parte del marginalismo.

ALGUNAS CONTRIBUCIONES NO MARGINALISTAS

Hasta aquí nos detuvimos únicamente en las repercusiones de la *Teoría General* dentro de la corriente principal del pensamiento económico durante el siglo XX, que refleja la posición de mayor difusión y aceptación entre los economistas. Mencionaremos en una más apretada sucesión algunas posiciones situadas fuera de la tradición neoclásica. Como creemos haber dejado en claro, la intención de nuestro trabajo no es reconstruir la trayectoria histórica del pensamiento económico desde 1936, ni tampoco brindar un exhaustivo (y probablemente imposible) recuento de todas las posiciones sobre la materia. Nos concierne en cambio señalar aquellas claves originales que arrojan luz sobre la obra de Keynes, capaces de enriquecer nuestras tesis y que se encuentran fuera de la ortodoxia.

Bajo el rótulo de economía postkeynesiana[64] se agrupa a un conjunto notablemente heterogéneo de autores. El núcleo común más definido de estos variados desarrollos está en el abierto rechazo de la síntesis neoclásica, acompañado por la intención de retomar los olvidados contenidos genuinamente keynesianos, y proseguir así con su interrumpido desarrollo. El grito de guerra fue proferido por Joan Robinson quien bautizó de “keynesianos bastardos” a los autores de la síntesis neoclásica, acusándolos de desnaturalizar la contribución de Keynes. Surgieron entonces interpretaciones dirigidas a enfatizar la ruptura de Keynes con la tradición marginalista anterior –y posterior– a él. Se articulan nuevos discursos según los cuales las ideas de Keynes se aproximan más a las de la tradición de la economía política clásica (en especial a los desarrollos enraizados en el pensamiento de D. Ricardo), y –en algunos casos– a la crítica de la economía política desplegada por K. Marx[65].

Los postkeynesianos comparten el objetivo de “completar la inconclusa revolución keynesiana, generalizar la *Teoría General*” (Arestis, 1996). El principio de la demanda efectiva se convierte en la columna vertebral de todo el análisis. Es por eso que entre los autores con mayor influjo sobre este grupo se encuentra M. Kalecki, economista polaco que de manera independiente y prácticamente simultánea[66] desarrolló una versión muy próxima a la teoría de Keynes de la demanda efectiva, aunque de inspiración marxista[67].

Los llamados postkeynesianos no conforman una escuela de pensamiento compacta; nos referiremos entonces a algunos de los autores que individual o colectivamente obtuvieron mayor reconocimiento. Se destaca sin duda el grupo original de Cambridge, entre los que se cuenta a J. Robinson, R. Kahn, N. Kaldor, P. Garegniani y L. L. Pasinetti. Sus áreas preferenciales de trabajo son el crecimiento y la distribución. Intentaremos caracterizar sus posiciones comunes. En cuanto a lo que nos concierne de manera más directa, el aporte fundamental de Keynes se localiza para estos autores en la ruptura con el contexto estático, en conexión a la problemática de la demanda efectiva como fuerza propulsora de la actividad económica. Se le reprocha al autor de la *Teoría General* el haberse restringido a un análisis de corto plazo, en donde no hay lugar para fenómenos fundamentales como el cambio técnico y la acumulación de capital.

“Dejó cubierta con los fragmentos de vidrio de la teoría estática una gran área de problemas de largo plazo y sólo hizo vagas insinuaciones sobre cómo reconstruir la resquebrajada estructura” (Robinson, 1960).

La revalorización del “Keynes no neoclásico” no se detiene aquí. Los economistas de Cambridge sostuvieron en las décadas de 1950 y 1960 una resonante polémica con los economistas ortodoxos conocida como “controversia del capital”[\[68\]](#). El ataque a la definición neoclásica de capital se convierte en un punto de contacto con las ideas originales de Keynes, quien también había rechazado las concepciones tradicionales del interés, del dinero y del capital[\[69\]](#). En efecto, en el controvertido capítulo 17 sobre “las propiedades esenciales del interés y el dinero” la única referencia de Keynes a trabajos de otros autores apunta a un artículo en el que P. Sraffa, criticando a von Hayek, sugiere la posibilidad de obtener una tasa de interés propia para cada mercancía, expresada en términos de sí misma[\[70\]](#). Sraffa desarrolla más adelante con mayor rigor esta representación del proceso de producción que puede prescindir de la definición neoclásica de capital. En 1960 publica *Producción de mercancías por medio de mercancías. Preludio a una crítica de la Teoría Económica*, una obra que conquistó a muchos de los postkeynesianos. Aunque Sraffa consideraba a su obra inscripta dentro de la corriente marxista, sus desarrollos están fuertemente emparentados con la obra de Ricardo, a cuya concienzuda recopilación y análisis dedicó largos años.

Los llamados neorricardianos fusionan algunas ideas de Keynes con una concepción inspirada en la economía política clásica de Ricardo. Empujan así la interpretación de los aportes de Keynes a un terreno original, taxativamente alejado del marginalismo *mainstream*. Garegnani, en su reconsideración de las innovaciones de Keynes, afirma que en la *Teoría General* conviven dos corrientes de pensamiento extrañas entre sí. La exposición completamente novedosa de Keynes acerca de la determinación del nivel de producción global a través de la igualdad entre ahorro e inversión está “impuesta” sobre una base conceptual propia del pensamiento tradicional: su teoría de la inversión y la tasa de interés. Cuestiona a Keynes por su vacilación a la hora de despojarse definitivamente de los resabios neoclásicos de su pensamiento.

“[L]’origine de la différence entre Keynes et les économistes orthodoxes doit être cherchée dans la théorie du taux d’intérêt ... Les conclusions de Keynes reposent, en fait, non pas tant sur la théorie particulière du taux d’intérêt qu’il propose, mais sur son rejet de la théorie traditionnelle qui détermine le taux d’intérêt par la demande et l’offre d’épargne”(Garegnani, 1985, p.205).

El proyecto, interesante aunque no completamente acabado, consiste en componer una nueva teoría de la demanda efectiva inspirada en Keynes y Kalecki, en clave ricardiana. El sistema alcanza un *equilibrio de reproducción* en que el ahorro es igual a la inversión y la cantidad producida está limitada por la demanda efectiva. El pleno uso de los recursos no está por lo tanto asegurado. Los modelos neorricardianos con más de una mercancía producen sorprendentes resultados, similares a los estados de equilibrio con desempleo que Keynes describe. Nuevamente se trata de retener un aspecto parcelario de la teoría, integrándola esta vez al marco conceptual clásico.

Los matices y diferencias al interior de la corriente poskeynesiana no son menores. En su seno se entrecruzan las influencias de autores tan variados como Ricardo, Kalecki, Marx y Veblen. Esta pluralidad de posturas es la que lleva a Arestis a sostener que “post-Keynesianism is not a homogeneous body of thought; indeed, it may sometimes appear that the proponents’ only common focus is their dislike and rejection of the GNS [Grand Neo-classical Synthesis, AK]” (Arestis, 1992, p. xii).

Más allá de la ausencia de un enfoque estrictamente compartido, sus distintas perspectivas contribuyeron a revitalizar la discusión acerca del carácter innovador de la *Teoría General* [71]. Para concluir con este repaso de los desarrollos postkeynesianos haremos breve referencia a las

contribuciones de H. Minsky y J. Kregel. Algunas de sus conclusiones pueden considerarse antecedentes relevantes para nuestro enfoque.

En su *John Maynard Keynes* de 1975 Minsky atribuye el triunfo de la síntesis neoclásica más que a razones estrictamente científicas a las necesidades propias de la época histórica en que alcanzó el predominio. El auge de posguerra contribuyó a consolidar el consenso, pero la crisis desatada a principios de la década de 1970 cerró súbitamente ese período exigiendo nuevas respuestas ausentes en el cuerpo teórico del keynesianismo establecido. A mediados de la década de 1970, se justifica un regreso a la obra original de Keynes en busca de nuevas respuestas para los nuevos problemas. La síntesis neoclásica, en palabras de Minsky, es el producto de una revolución científica abortada[72].

“Mi opinión es que lo que se popularizó y fue acogido en los pliegues de la economía convencional es tan sólo una parte de la sustancia contenida en el argumento de Keynes... También sostengo que lo olvidado o lo perdido es una parte importante de la sustancia de la Teoría General; esa parte perdida rompe abruptamente con las formulaciones fundamentales de las doctrinas clásicas anteriores y se relaciona de manera más inmediata con los problemas a que se enfrentan las economías desarrolladas en la actualidad. De este modo, la teoría económica clásica keynesiana integrada –llamada síntesis neoclásica– atenta contra el espíritu y contra la sustancia de la obra de Keynes.” (Minsky, 1987, p.10).

H. Minsky; *Las razones de Keynes*

En una aguda crítica de la síntesis neoclásica, Minsky distingue tres familias distintas de modelos. Su evaluación de todas ellas es lapidaria. Las variadas construcciones que reposan sobre la función consumo son triviales. Los modelos de tipo ISLM son incompletos cuando no incluyen al mercado de trabajo e inconsistentes cuando sí lo hacen. Por último, la laboriosa construcción de la síntesis neoclásica no hace más que alcanzar resultados idénticos a los que arrojan los modelos prekeynesianos apoyados en la teoría cuantitativa del dinero (op. cit. , p. 63). De esta manera la síntesis neoclásica se convierte, desde la apreciación de Minsky, en una restauración del pensamiento clásico anterior. Las situaciones de desempleo provienen en última instancia de la rigidez en los salarios. Lo esencial del aporte de Keynes se desvanece: “en el mundo neoclásico desaparece el desempleo involuntario” (op. cit. , p. 64). Cuando la desocupación no proviene de la falta de flexibilidad de los salarios, su presencia se atribuye a problemas institucionales o a errores sistemáticos del gobierno. El pensamiento de la síntesis, a partir de este diagnóstico, recomienda la implementación de políticas monetarias y fiscales, combinadas con ciertos cambios y ajustes menores

destinados a eliminar las rigideces existentes. Estas formas de intervención del Estado se volvieron “respetables” una vez que la síntesis les suministró la adecuada justificación teórica.

“[L]a conducción adecuada de la política económica o algunos cambios institucionales menores pueden superar las rigideces y evitar las rupturas, eliminando así las fallas. Estos modelos se vuelven la base razonada por un enfoque activo y dirigido de la política económica en una economía capitalista, así como por el criterio de que no se necesitan reformas fundamentales.” (op. cit., p. 31).

Por detrás de la concepción teórica y práctica de la síntesis se impuso en forma generalizada una apreciación sobre las cualidades del aporte de Keynes. Minsky lo expresa aforísticamente: “En la actualidad, la perspectiva parece ser que lo válido no era nuevo y que lo nuevo no era válido” (op. cit., p. 15).

Sin embargo para Minsky la representación propia de la macroeconomía convencional vigente no concuerda con el espíritu de la contribución de Keynes. La dirección tomada por la teoría despreció tres aspectos claves: la incertidumbre, el carácter cíclico del proceso económico y la naturaleza de las relaciones financieras. Al tomarlos en consideración salta a la vista que la inestabilidad del sistema no se remedia mediante retoques menores por vía de la intervención monetaria o fiscal. La economía capitalista avanzada es fundamentalmente “imperfecta”.

“Esa imperfección existe porque el sistema financiero necesario para la vitalidad y el vigor capitalista –que transforma las tendencias básicas de los empresarios en demandas de inversión– contiene en potencia una expansión desbocada, movida por un auge de la inversión. Esa expansión desenfrenada se detiene porque los cambios financieros acumulados hacen frágil el sistema financiero, de suerte que unos cambios no inhabituales pueden ocasionar graves dificultades financieras.” (op.cit., p. 23).

Los estudios de Minsky se concentran en la estructura financiera^[73], llegando a nuevos *insights* sobre la crisis, en el marco de una economía “...inherentemente falible e irremediablemente cíclica” (op. cit. p. 66). Esta reinterpretación alternativa de Keynes abre el camino a propuestas de política económica muy distintas a las sugerencias típicas de la síntesis neoclásica: la distribución del ingreso y el tipo de ocupación se vuelven objetivos de política legítimos, además de la estabilización y la búsqueda del pleno empleo. El propósito de Minsky es hacerlas también respetables, es decir, dotarlas de un fundamento teórico sólido.

El aporte de Kregel transita por otros caminos. La mayoría de los autores que se inscriben dentro de la corrientepostkeynesiana rechazan la interpretación más

difundida de la principal obra de Keynes basada en el enfoque de equilibrio general walrasiano. J. Kregel intenta emancipar a Keynes de este marco recurriendo a la teoría del interés expuesta en los capítulos finales de la *Teoría General* [74].

En su artículo “Mercados e instituciones como aspecto de un sistema de producción capitalista” expone una original crítica a la ley de Say apoyada en las propiedades y funciones del dinero. Para el enfoque del equilibrio general el dinero sólo aparece como un medio de circulación. En la *Teoría General* el dinero no sólo cumple el papel de facilitar el intercambio, es además un “almacén de valor”. Si una parte de la demanda se dirige hacia el dinero en su carácter de “tonel sin fondo para el poder de compra”, el mercado es de suyo incapaz de producir señales relevantes que inciten a un aumento del gasto de inversión. Como se observa, esta situación no puede tomarse como un problema de falta de información equiparable a una simple falla de mercado. “Es más bien una identificación de las características estructurales de una economía capitalista” (Kregel, 1988, p. 74). Este trabajo de Kregel se encuentra entre los escasos trabajos que incursionan en los capítulos de la teoría general dedicados a las propiedades esenciales del interés y el dinero, donde las divergencias teóricas con la doctrina neoclásica saltan a la vista.

Por último, nos referiremos muy escuetamente a las repercusiones de la *Teoría General* sobre las corrientes vinculadas al marxismo. Algunos de los teóricos más renombrados de la época de la revolución keynesiana no sólo prestaron gran atención sino que incluso se dejaron influenciar fuertemente por las nuevas teorías en boga. El prestigioso P. Sweezy parece simpatizar con Keynes antes que nada debido a su enfrentamiento con la ortodoxia.

“Su tarea era reformar la economía neoclásica, volverla a poner en contacto con el mundo real del cual se había alejado cada vez más desde su separación de la tradición clásica del siglo XIX.” (Sweezy, 1967, p. 312).

La principal contribución de Keynes en el plano teórico consistió en liberar a la economía neoclásica de la tiranía de la ley de Say. Sweezy calificó a su análisis de penetrante en tanto derribaba el mito del pleno empleo y de la armonía entre interés público y privado. Sin embargo el enfoque de Keynes, para Sweezy, está irremediamente limitado. Al considerar a la sociedad capitalista como la única forma posible para la sociedad civilizada, sólo puede entenderse a la crisis un acontecimiento confuso, pasajero, y al Estado como un *deus ex*

machina en condiciones de resolverla. Si bien considera que la *Teoría General* contiene elementos originales, en muchos casos estos avances son apreciados como una mera reformulación de descubrimientos anteriores hechos por Marx o sus discípulos. Pero, en términos generales, según su opinión, "...hay una gran parte de la obra de Marx que adquiere un nuevo significado y se ajusta en su lugar correcto cuando se lee a la luz de las contribuciones keynesianas" (Sweezy, 1967, p. 314). El marxismo también acusó el impacto de la revolución keynesiana.

Esta aparente confluencia entre el marxismo y las ideas de Keynes tiene su origen en la similitud en cuanto a las explicaciones de la crisis capitalista más difundidas en aquel momento entre los autores socialistas[75]. La clásica teoría de la crisis basada en la tendencia a la caída en la tasa de ganancia fue reemplazada por múltiples formulaciones en las que el estancamiento tiene su génesis en las dificultades del sistema para realizar la plusvalía producida (Sweezy, 1974). Esta insuficiencia de demanda es acicateada por la creciente concentración y centralización del capital (Sweezy y Baran, 1966).

Dentro de las corrientes marxistas contemporáneas también se observa un manifiesto interés por la obra de Keynes[76], aunque la afinidad con su pensamiento es manifiestamente menor. En términos generales, los esfuerzos se dirigen más a comprender la irrupción del keynesianismo en el marco del proceso histórico de la lucha de clases que a ofrecer una interpretación novedosa de la *Teoría General*, por lo que también estos desarrollos se alejan de los interrogantes principales que impulsan nuestro estudio. Una excepción puede encontrarse en el trabajo de M. De Angelis "*Social Relations and the Keynesian Multiplier*" en donde se interpreta al multiplicador keynesiano desde la óptica de las categorías marxistas clásicas.

NOTA FINAL

En la presente sección del Plan de Tesis nos limitamos exclusivamente a mencionar algunos de los principales aportes a un debate que sigue abierto, absteniéndonos de interrumpir el fluir de la exposición con nuestras apreciaciones críticas sobre cada autor o corriente. Estas últimas formarán parte del material de la Tesis Doctoral. A modo de epílogo reproducimos una apreciación del economista argentino O. Braun sobre el

legado de Keynes. El pasaje acerca de las razones de la victoria de los ricardianos que encabeza esta sección se conecta de este modo con el sintético itinerario por los antecedentes sobre nuestro tema, que aquí concluye.

“Podrían intentarse interesantes analogías entre Ricardo y Keynes. Ambos tienen como motivación principal el solucionar un problema concreto y acuciante del sistema capitalista; ambos desarrollan para justificar sus prescripciones de política económica un modelo teórico simple pero riguroso que implica una verdadera revolución en la perspectiva científica de su tiempo; ambos hubieran podido ver cómo mientras sus recomendaciones de política económica eran aceptadas, y mientras sus personas eran glorificadas, la substancia de sus análisis era distorsionada y finalmente totalmente rechazada por sus seguidores.” (Braun, 1975).

APORTES DE LA TESIS [\[77\]](#)

Hemos recorrido en el apartado anterior –si bien someramente– buena parte de los más influyentes puntos de vista sobre nuestro tema. Cada enfoque se distingue de los restantes por poner énfasis en uno u otro aspecto parcial de la obra de Keynes. En principio las diferencias entre estas interpretaciones aparecen mucho más visibles que las presuntas analogías. Sin embargo, es precisamente en la notable dispersión de apreciaciones donde puede señalarse un rasgo común a todas ellas, que dará lugar a nuestra primera tesis. Las principales tradiciones interpretativas tratan a la *Teoría General* como una colección de piezas o componentes teóricos separables los unos de los otros. Se los aborda de manera aislada, resaltando algunos y descartando otros de plano. Nuestro esfuerzo estará dirigido en cambio a la reconstrucción de la **unidad** en el argumento de Keynes. Consideraremos a la *Teoría General* como el esbozo de un sistema teórico completo y consistente [\[78\]](#).

En la discusión científica posterior el lugar de ese sistema fue ocupado por sus *membra disiecta*. El conjunto formado por unos pocos capítulos, entre los que se destacan los primeros tres, se convirtió en el fragmento más recurrido de la *Teoría General*. Es allí donde se desarrollan los aspectos salientes de lo que luego se convertirá en el contenido de la moderna Macroeconomía [\[79\]](#). Los capítulos finales, en particular los referidos a la naturaleza del capital, el dinero y el interés pasaron rápidamente al olvido [\[80\]](#). En esos capítulos descartados Keynes se ocupa de las “categorías fundamentales” de la ciencia exponiendo sus originales concepciones. Nos enfrentamos así a una peculiaridad en la organización expositiva de la *Teoría General*. A diferencia de las grandes obras clásicas que la antecedieron, aparece como punto de partida del desarrollo el conjunto de fenómenos complejos asociado a la determinación del volumen de ocupación total,

mientras el tratamiento de las categorías más simples sólo se aborda al final de la obra. *El orden de la exposición está invertido*. Esta particularidad nos obliga a restablecer la desdibujada conexión interna de toda la exposición. Se trata de poner cada pieza en su lugar.

Keynes sostiene que su sistema consigue reconciliar la teoría del valor con la teoría del dinero. Nuestra *reconstrucción* echará nueva luz sobre este reclamo, lo que nos conduce a nuestra segunda tesis. Afirmamos que para Keynes la naturaleza del dinero, del capital y del interés, así como la “teoría del valor” que de allí se deriva, no son conciliables con los fundamentos teóricos de la escuela marginalista [81]. La diferencia está, como afirma Keynes, en las “premisas” [82]. En un sistema dinámico reaparece la función del dinero como depósito de valor. Se impone recuperar algunas concepciones clásicas abandonadas (“preclásicas” en términos de Keynes).

Combinando las dos primeras tesis llegamos a una nueva conclusión. Los desarrollos de Keynes acerca de las categorías elementales son inseparables del resto del sistema. Es por este motivo que la infructuosa búsqueda iniciada a partir de la *síntesis neoclásica* de los micro-fundamentos marginalistas para la macroeconomía inspirada en la *Teoría General* está destinada al fracaso. En la *Teoría General* se sostiene explícitamente que las decisiones individuales optimizadoras (*free will*) no juegan papel alguno en la determinación de los grandes agregados, sino que, por el contrario, la conciencia de los agentes aislados es moldeada por los movimientos del proceso social en su conjunto.

Exploraremos las consecuencias de esta reconstrucción del sistema de Keynes en dos planos: teórico e histórico. Aportaremos algunas conclusiones preliminares a la luz de nuestra interpretación.

Por una parte, discutiremos los resultados alcanzados desde la perspectiva de la economía política clásica y crítica. Creemos poder poner de manifiesto la fragilidad de las nuevas premisas sobre las que Keynes intenta fundar su teoría. Como señalamos, empero, no es posible simplemente descartarlas para reemplazarlas por las que dominaban la disciplina antes de la aparición de la obra. Las teorías ortodoxas del valor y del dinero son, tal como señala Keynes, incapaces de proporcionar respuestas acerca de las leyes de movimiento de la producción y del empleo.

La *Teoría General* se distingue de gran parte de la literatura previa y posterior en un aspecto fundamental, pocas

veces resaltado. Keynes reconoce ciertos rasgos novedosos que configuran un mundo diferente al del siglo XIX. En sus páginas penetra la historia. El autor afirma que la teoría ortodoxa y sus recomendaciones no se aplican a la "sociedad económica que hoy vivimos". Nuestro trabajo se esforzará por caracterizar esta nueva etapa. En particular sostendremos que sin la consolidación de los Estados Nacionales luego de la Primera Guerra Mundial y sin el derrumbe del patrón oro no hay lugar para las modernas políticas monetarias y fiscales que se asocian al nombre de Keynes. En la mayoría de los debates posteriores se ignora esta circunstancia, comparando teorías de suyo inconmensurables.

Entre Keynes y los clásicos no media únicamente una transformación en el plano de la teoría, sino otra más profunda, en la estructura misma de la sociedad capitalista.

BIBLIOGRAFÍA[\[83\]](#)

- Arestis, P. (1992) *The Post-Keynesian approach to economics*, Edward Elgar, Aldershot.
- Arestis, P. (1996) "La economía postkeynesiana : hacia la coherencia", en *Buenos Aires Pensamiento Económico*, Nro. 2, Primavera, Buenos Aires.
- Argandoña, A. et al. (1996) *Macroeconomía avanzada I y II*, Mc.Graw Hill, Madrid.
- Asimakopulos, A. (1991) *Keynes's General Theory and Accumulation*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Blaug, M. (1985), *Teoría económica en retrospectiva*, Fondo de Cultura Económica, México D.C.
- Bleaney, M. (1985) *The Rise and Fall of Keynesian Economics*, Macmillan Publishers, Hampshire and London..
- Boyer, R. (1985) "Formes d'organisation implicites à la Théorie Générale" en *Keynes aujourd'hui : Théories et politiques*, A. Barrère (coord.), Paris.
- Braun, O. (1975) "Introducción" en O. Braun, *Teoría del capital y la distribución*, Ed. Tiempo contemporáneo, Buenos Aires.
- De Angelis, M. (1997), "Class Struggle and Economics: The Case of Keynesianism", *Research in Political Economy*, Volume 16, p. 3-53. (mimeo)
- De Angelis, M. (1997), "Social Relations and the Keynesian Multiplier", University of East London. (mimeo)

- Dillard, D. (1954) "The Theory of a Monetary Economy" en K. K. Kurihara, *Post Keynesian Economics*, Rutgers University Press, New Brunswick.
- Dumenil, G. y Levy, D. (2002), "From Prosperity to Neoliberalism: Europe before and after the Structural Crisis of the 1970s", <http://www.cepremap.ens.fr/levy>, MODEM-CNRS and CEPREMAP-CNRS, Paris.
- Friedman, M. (1964) "How has the General Theory stimulated economic research?" en R. Leckachman (ed.), *Keynes and the Classics*, D. C. Heath and Company, Boston.
- Friedman, M. (1985) "Nueva formulación de la teoría cuantitativa del dinero" en M. G. Mueller *Lecturas de Macroeconomía*, Compañía Editorial Continental, México D.F. (publicación original 1956)
- Friedman, M. y Friedman, R. (1997) *La libertad de elegir*, Ed. Grijalbo, Barcelona (publicación original 1980)
- Friedman, M. y Schwartz, A. J. (1963) *A Monetary History of the United States, 1961-1960*, Princeton University Press, Princeton.
- Garegnani, P. (1985), "Capital et demande effective", en *Keynes aujourd'hui: Théories et politiques*, A. Barrère (coord.), Paris.
- Goldner, L. (1999) "The Remaking of the American Working Class: Restructuring of Global Capital, Recomposition of Class Terrain", en <http://home.earthlink.net/~lrgoldner/>
- Haberler, G. (1967) "La Teoría General después de diez años", en *Teoría General de Keynes. Informe de tres décadas*, R. Leckachman (comp.), Fondo de Cultura Económica, México D.F. (publicación original 1964)
- Hansen, A. (1966) *Guía de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. (publicación original 1953)
- Harris, S. (1966) "Introducción" en A. Hansen, *Guía de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. (publicación original 1953)
- Hicks, J. (1985) "Keynes y los clásicos", en M.G. Mueller, *Lecturas de Macroeconomía*, Editorial Continental, México D.C. (publicación original 1937)
- Hicks, J. (1945) *Valor y Capital*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. (publicación original 1939)
- Hicks, J. (1967) *Capital y crecimiento*, Bosch, Barcelona (publicación original 1965)
- Keynes, J. M. (1935) *A Treatise on Money*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York.

- Keynes, J. M. (1939) *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Macmillan and Co., Londres.
- Keynes, J. M. (1992) *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. (publicación original 1936)
- Kregel, J. (1985) "Le multiplicateur et la preference pour la liquidite : deux aspects de la theorie de la demande effective" en *Keynes aujourd'hui : Theories et politiques*, A. Barrère (coord.), Paris.
- Kregel, J. (1988) "Mercados e instituciones como aspectos de un sistema de producción capitalista" en J. A. Ocampo (ed.), *Lecturas de economía postkeynesiana*, Fondo de Cultura económica, México. D. F.
- Kurihara, K. K. (1954) *Post Keynesian Economics*, Rutgers University Press, New Brunswick.
- Kalecki, M. (1995) *Teoría de la dinámica económica. Ensayo sobre los movimientos cíclicos a largo plazo de la economía capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Leijonhufvud, A. (1976a) *Análisis de Keynes y de la economía keynesiana. Un estudio de teoría monetaria*, Vicens - Vives, Barcelona., 1976.
- Leijonhufvud, A. (1976b) "Keynes y los clásicos" en R. Clower y A. Leijonhufvud, *La nueva teoría monetaria* (trad. Julio Segura Sánchez), Ed. Saltés, Madrid.
- Leijonhufvud, A. (1979) "Deficiencias de la demanda efectiva". (mimeo)
- Leijonhufvud, A. (s/f) "Deficiencias de la demanda efectiva" publicado en *The Swedish Journal of Economics*, trad. Ana Martínez Fujana. (mimeo)
- Lekachman, R. (1964) "Introduction" en R. Lekachman, (ed.), *Keynes and the classics*, D.C. Heath and Company, Boston.
- Lekachman, R. (1967) *Teoría General de Keynes. Informe de tres décadas*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. (publicación original 1964)
- Mankiw, G y Romer, D. (1991) "Introduction", en G. Mankiw y D. Romer (eds), *New Keynesian Economics*, vol. 1, MIT Press, Cambridge.
- Mankiw, G. (1990) "A quick refresher course in macroeconomics", *Journal of Economic Literature*, vol XXVIII n. 4, December. Traducción L. M. Simpson

- Marglin, S. A. (1991) "Lessons of the Golden Age", en S. A. Marglin y J. B. Schor, *The Golden Age of Capitalism*, Clarendon, Oxford.
- Mattick, P. (1969), *Marx and Keynes. The Limits of the Mixed Economy*, Extending Horizons Books, Boston.
- Minsky, H. (1985) "Endettement, credit et taux d'interet" en *Keynes aujourd'hui: Théories et politiques*, A. Barrère (coord.), Paris.
- Minsky, H. (1987) *Las razones de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. (pub. original 1975)
- Modigliani, F (1944) "Liquidity Preference and the Theory of Interest and Money", *Econometrica*, Volume 12, Issue 1, January, p. 45-88.
- Negri, T. (1988), "Keynes and the Capitalist Theory of the State" en *Revolution Retrieved. Selected Writings on Marx, Keynes, Capitalist Crisis and New Social Subjects, 1967 - 83*, Red Notes, Londres (publicado originalmente en 1967)
- Patinkin, D. (1959) *Dinero, Interés y Precio*, Aguilar, Madrid
- Patinkin, D. (1981) "Friedman ante la teoría cuantitativa y la economía keynesiana". (mimeo).
- Pigou, A. C. (1943) "The Classical Stationary State", *The Economic Journal*, Volume 53, Issue 212, Dic., p. 343-351
- Puyana Ferreyra, J. (1997) "De Keynes a la síntesis neoclásica : surgimiento y desintegración del keynesianismo bastardo", en *Keynes ... hoy*, J. Estay R. y F. Manchón C. (comp.), Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla..
- Robinson, J. (1960) *La acumulación de capital*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. (publicación original 1956)
- Robinson, J. (1959) *Ensayos de economía postkeynesiana*, Fondo de Cultura Económica, México D. F. (publicación original 1959)
- Samuelson, P. (1967) "La Teoría General" en *Teoría General de Keynes. Informe de tres décadas*, R. Leckachman (comp.), Fondo de Cultura Económica, México D.F. (publicación original 1964, el artículo es de 1946)
- Sawyer, M. C. (1985) *The Economics of Michal Kalecki*, Macmillan, Houndmills.
- Screpanti, E. y Zamagni, S. (1997) *Panorama de historia del pensamiento económico*, Ed. Ariel, Barcelona.
- Sheffrin, S. M. (s/f) *Expectativas racionales*, Alianza Universidad.
- Skidelsky, R. (1994) *John Maynard Keynes. The economist as saviour 1920-1937*, Macmillan, London.

- Smith, A. (1997) *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México D.C.
- Sraffa, P. (1932) “Dr. Hayek on Money and Capital”, *The Economic Journal*, Volume 42, Issue 165, Mar.
- Sweezy, P. (1967) “John Maynard Keynes” en *Teoría General de Keynes, informe de tres décadas* de R. Lekachman, R., Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Sweezy, P. (1974) *Teoría del desarrollo capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. (original 1942)
- Sweezy, P. y P. Baran (1966) *El capital monopolista*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Weeks, J. (1989) *A Critique of Neoclassical Macroeconomics*, Macmillan, Londres.

[1] El texto corresponde a la sección “Antecedentes sobre el tema” del Plan de Tesis. Se han introducido leves modificaciones que no afectan el contenido del original.

[2] M. Blaug no duda en atribuir el triunfo del keynesianismo a causas similares a las que Keynes –como veíamos– denuncia para el caso de Ricardo: “la revolución keynesiana triunfó porque Keynes produjo las conclusiones de política económica que la mayoría de los economistas quería defender de todos modos...” (Blaug, 1985, p. 807).

[3] Nos valemos de la distinción enfatizada por Leijonhufvud entre la “teoría keynesiana” y la “teoría de Keynes” (Leijonhufvud, 1976b), aunque, por supuesto, no basta con enunciar dicha diferencia para dar cuenta de su contenido.

[4] En la Tesis discutiremos esta enigmática alusión de Keynes a los “fundamentos ricardianos del marxismo”.

[5] Recordemos que Keynes reúne en la “escuela clásica” a Ricardo y J. S. Mill con marginalistas del siglo XX como Marshall, Edgeworth y Pigou.

[6] Más adelante señala que la teoría ortodoxa reposaba en una “falsa analogía” con una economía de trueque, “como la de Robinson Crusoe” (Keynes, 1992, p. 29). Así, para Keynes, la economía llevó una “doble vida”, escindida en dos “libros” distintos, irreconciliables e inconsistentes entre sí: el Libro I, dedicado a la teoría del valor y el Libro II que contiene la teoría del dinero (Keynes 1992, p. 82, p. 260).

[7] No incorporamos a esta sintética lista algunas evidentes discrepancias que no fueron enfatizadas por Keynes, así como tampoco incluimos las críticas contenidas en el libro VI que comprende del capítulo 22 hasta el final de la obra.

[8] Citamos una entre las numerosas opiniones que dan por sentado un cierto grado de ignorancia por parte de Keynes en materia de teoría económica: “Keynes, como muchos innovadores, particularmente los que no están empapados del tema, se inclinó a exagerar la novedad de su enfoque y desarrollo” (Harris, 1966, p. 9)

[9] Esta reacción adversa fue también anticipada por Keynes en el Prefacio: “Supongo que quienes se aferran demasiado a lo que llamaré ‘la teoría clásica’ vacilarán en la creencia de que estoy completamente equivocado y la de que no estoy diciendo nada nuevo” (Keynes, 1992)

[10] Esta disputa en torno de la universalidad mantendrá ocupados a los economistas por más de tres décadas.

[11] En el *Treatise on Money* Keynes realiza una crítica a la ecuación cuantitativa “de Cambridge” que atribuye a Marshall y a Pigou, aunque señala que su origen se remonta a las obras de Petty, Locke, Cantillon y Adam Smith. La ecuación supone la existencia de una proporción fija que relaciona férreamente el ingreso nacional y la cantidad de dinero (Keynes, 1935, p. 231). Debemos señalar, sin embargo, que en el *Treatise* se recurría a la ecuación cuantitativa para explicar las determinaciones del nivel general de precios, no del ingreso global como supone el modelo de Hicks. Keynes indica en el Prefacio de la *Teoría General* que sus *ecuaciones fundamentales* y, por tanto, también estas formas alternativas de la teoría cuantitativa implican “el supuesto de una producción determinada de antemano” (Keynes, 1992, p. 10).

[12] Las tres ecuaciones, según la notación original, son: $M = kI$, $I_x = C(i)$, $I_s = S(i, I)$, donde M es la cantidad dada de dinero, k la velocidad de circulación del dinero, $C(i)$ la eficacia marginal del capital, S la función de ahorro. Las incógnitas son la renta total I , la demanda de inversión I_x , y la tasa de interés i .

[13] Las tres ecuaciones se transforman en: $M = L(i)$, $I_x = C(i)$, $I_s = S(i, I)$, donde $L(i)$ es la demanda de dinero, función del tipo de interés.

[14] Keynes suscribía al “viejo modo” de análisis característico de la economía inglesa en donde la matemática no era esencial. Esta era también la modalidad de Marshall que decía: “*it seems doubtful whether any one spends his time well in reading lengthy translations of economic doctrines into mathematics, that have not been made by himself*” –Marshall, 1948, p. xi. *La opinión de Keynes al respecto era todavía más decidida: “Una parte demasiado grande de la economía ‘matemática’ reciente es una simple mixtura, tan imprecisa como los supuestos originales que la sustentan, que permite al autor perder de vista las complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretenciosos e inútiles*” (Keynes, 1992, 264)

[15] $M = L(i, I)$, $I_x = C(i, I)$, $I_s = S(i, I)$.

[16] Para consuelo de Keynes, aun si todo el aporte que le pertenece quedara reducido a estos cambios menores, Hicks lo consideraría de todos modos trascendente: “La innovación del Sr. Keynes es paralela a la innovación de los marginalistas. La teoría cuantitativa intenta determinar la renta sin el tipo de interés, de la misma forma que la teoría del valor trabajo intentaba determinar el precio sin el output. Ambas teorías han tenido que ceder el puesto a análisis que reconocen un mayor grado de interdependencia” (op. cit., p. 148).

[17] Según Hicks esta posición acerca de la forma de LL que se sigue de la existencia de un límite inferior para la tasa de interés refleja la opinión de Keynes, aunque su explicación sea diferente. Veamos los argumentos de Hicks. En primer lugar, la tasa de interés no puede ser nunca negativa porque la masa total de riqueza se conservaría entonces en forma líquida. Por otra parte, a largo plazo la tasa de interés mínima tiene que ser mayor que cero para compensar el riesgo de que haya aumentos de la tasa de corto plazo mientras se mantiene el capital inmovilizado (“motivo especulación”).

[18] Esta situación caracterizada por un tipo de interés renuente a descender fue bautizada luego “trampa de liquidez”. El poder del estado para actuar sobre la tasa de interés y el nivel de ocupación a través de la modificación de la oferta de dinero es (en el extremo) nulo.

[19] La preocupación de los economistas por los límites de la intervención del Estado se remonta a los primeros pasos de la disciplina como ciencia particular. Adam Smith arroja una conclusión con tono de advertencia: “El Soberano se verá liberado completamente de un deber, cuya prosecución forzosamente habrá de acarrearle numerosas desilusiones, y cuyo cumplimiento acertado no puede garantizar sabiduría humana ni asegurar ningún orden de conocimiento, y es, a saber, la obligación de supervisar la actividad privada, dirigiéndola hacia las ocupaciones más ventajosas de la sociedad” (Smith, 1997, p. 612). Transcurridos 160 años las expectativas de Keynes van en dirección opuesta: “Espero ver al Estado, que está en situación de poder calcular la eficiencia marginal de los bienes de capital a largo plazo sobre la base de la conveniencia social general, asumir una responsabilidad cada vez mayor en la organización directa de las inversiones” (Keynes, 1992, p. 64). Es otro el juicio acerca de las potencias que porta el Estado capitalista.

[20] Entre los autores que no visitaremos cabe mencionar a W. Baumol, J. Duesenberry, L. R. Klein, J. E. Meade, P. A. Samuelson, R. Solow y J. Tobin. La *Guía de Keynes* y otras obras de A. Hansen se convirtieron en un temprano camino de acceso del pensamiento de Keynes a los círculos académicos de Estados Unidos.

[21] Keynes inscribe su *Teoría General* en un contexto de corto plazo, es decir, donde no varían “*the existing skill and quantity of available labour, the existing quality and quantity of available equipment, the existing technique, the degree of competition, the tastes and habits of the consumer, the disutility of different intensities of labour and of the activities of supervision and organization, as well as the social structure including the forces, other than our variables set forth below, which determine the distribution of national income*” (Keynes 1939, p. 245). Para Marshall el largo plazo refiere a “*periods of time long enough to enable producers to adapt their production to changes in demand ...; but not long enough to enable them to make important changes in the supply of these factors of production*” (Marshall, 196, p.498). Veremos que Modigliani, en cambio, considera que el largo plazo se diferencia del corto porque en el primer caso el multiplicador actúa plenamente. En el trabajo de Keynes este sería un problema confinado al corto plazo.

[22] Modigliani no deja de reconocer la escasa importancia de este argumento en la propia *Teoría General*, en donde la rigidez de los salarios pasa prácticamente desapercibida. “*In the General Theory Keynes does of course recognize the fundamental importance of the relation between money wages and the quantity of money as shown by his device of the wage units. This very fact, on the other hand, has had the effect of obscuring the part played by wage rigidities in the determination of economic equilibrium*” (op. cit., p.76). Pareciera que Keynes ocultó o no pudo ver que era ese, en última instancia, el supuesto más trascendente, sobre el que descansaba la explicación del desempleo. Esta “oscuridad” no se convirtió, sin embargo, en una traba para que la interpretación de los salarios rígidos ganara general aceptación.

[23] Una observación relevante para comprender algunos de los aportes posteriores: Modigliani sostiene que su modelo no es más que una “aplicación” del sistema equilibrio general walrasiano. La presentación difiere por cuestiones de conveniencia expositiva (op. cit. p. 46). Los intentos de representar las ideas de Keynes en el marco del equilibrio general serán más adelante criticados *in toto*.

[24] Si el salario nominal está fijo a un nivel superior al valor del producto marginal del trabajo, el nivel de empleo se contraerá, empujando los precios hacia abajo. Los precios dependen aquí únicamente del producto y el empleo.

[25] El caso keynesiano genera un nivel de equilibrio que *"does not tend to coincide with full employment except by mere chance, since there is no economic mechanism that insures this coincidence. There may be unemployment in the sense that more people would be willing to work at the current real wage rate than are actually employed; but in a free capitalistic economy production is guided by prices and not by desires and since the money wage is rigid, this desire fails to be translated into an economic stimulus"* (op. cit., p.66)

[26] Este modelo simplificado establece además una nueva agenda para la investigación empírica. Si en las economías reales no se verifica ninguna de estas condiciones especiales, la recuperación automática está asegurada y todo el problema deviene en una abstracción, un simple ejercicio teórico. Sin embargo, Modigliani no muestra tanto optimismo: *"Whether the situation we have characterized as the 'Keynesian case' is typical of some or all modern economic systems is a factual question which we cannot attempt to answer here. It is beyond doubt however that its interest is not purely theoretical"* (op. cit., p.75)

[27] Formalmente el llamado "efecto Pigou" se introduce en el modelo standard considerando al consumo una función creciente de los balances monetarios reales, además de su dependencia funcional con respecto al ingreso.

[28] La contribución de Patinkin consiste en sistematizar y dotar de mayor generalidad a los resultados anteriores, introduciéndolos en el marco de un modelo de equilibrio general y conectados con la teoría microeconómica a la que dedica la primera parte de la obra. Hasta aquí habitualmente se consideraban tres mercados interconectados: bienes, dinero y trabajo. Patinkin agrega el crucial mercado de activos financieros.

[29] Se refuerza así el mecanismo autocorrectivo clásico. En el modelo original la disminución en la demanda de mercancías implica una mayor demanda de valores, lo que empuja hacia abajo a la tasa de interés. La inversión se estimula y la curva de demanda total de mercancías retorna a su posición de equilibrio. La ayuda del efecto liquidez real permite que el equilibrio se restablezca aun si la tasa de interés o la demanda de inversión no reaccionan adecuadamente (op. cit., p. 221).

[30] La familiar terminología nos obliga a asociar esta discusión al debate clásico (para Keynes preclásico) sobre la posibilidad de una *general glut* que tuvo por protagonistas a D. Ricardo, Th. Malthus y sus contemporáneos. Esta discusión había quedado fuera de las preocupaciones teóricas de la economía oficial, es decir, durante casi un siglo. Fue revivida por la crisis de la década de 1930.

[31] Recordemos que Keynes consideraba posiciones de equilibrio tanto al caso extremo del pleno empleo como a todas las situaciones en que estaba ausente (Keynes, 1992, p. 15)

[32] En un artículo posterior, discutiendo con M. Friedman, repetirá este punto de vista sobre la rebaja de salarios de manera más explícita: "Por lo tanto, la inflexibilidad del salario de que habla este capítulo no es un supuesto que establece el análisis, sino la conclusión de política a la que llega Keynes después de investigar los resultados que serían de esperar con la flexibilidad de salarios" (Patinkin, 1981, p.145)

[33] Patinkin aporta evidencia textual según la cual las situaciones que Keynes llama de "equilibrio" no son tales, porque los precios y los salarios no están en reposo sino que tienden a caer.

[34] La confusión posterior es justificada. "Ello supone tergiversar un término que tiene un significado preciso y generalmente aceptado. Así debemos reconocerlo y criticarlo" (op. cit., p. 494)

[35] Para Samuelson "hasta la aparición de los modelos matemáticos de Meade, Lange, Hicks y Harrod, hay razón para creer que el mismo Keynes no comprendía completamente su propio análisis" (Samuelson, 1967, p.326). En cuanto al valor intrínseco de la *Teoría General* sostiene que "es un libro oscuro, de tal manera que los futuros antikeynesianos deben sustentar su opinión principalmente por el estudio de trabajos intermediarios, a menos que deseen hacer un considerable trabajo y **arriesgarse a ser convencidos** en el proceso de éste ... Ciertamente, en su estado actual, el libro no logra que lo lean cada año ni siquiera el profesor y el estudiante que simpatizan con él" (op. cit., p. 329, subrayado AK)

[36] Entre los desarrollos inscriptos en esta dirección pueden citarse las teorías sobre el crecimiento, distribución (Tobin 1955, Solow 1956, Swam 1956) y la inflación (Phillips 1958, Lipsey 1960), así como las discusiones sobre la demanda de dinero (Baumol 1952, Markowitz 1959, Tobin 1958 y 1969) y la función consumo (Kuznets 1942, Tobin 1951, Modigliani 1954, Friedman 1957). Mencionaremos algo de este material más adelante.

[37] En un penetrante análisis crítico de la interpretación *mainstream* de Keynes, Minsky distingue tres familias de modelos keynesianos ortodoxos: basados en la función consumo, de tipo IS-LM con y sin mercados de trabajo (Minsky, 1987, cap. 2). Mencionaremos sus conclusiones más adelante.

[38] El grado de aceptación de esta jibarización del pensamiento de Keynes es confirmado por Haberler: "La contribución analítica de Keynes consiste en gran parte en establecer las implicaciones de este supuesto [salarios rígidos]. En la actualidad se reconoce casi generalmente que el sistema teórico propio de Keynes ... depende del supuesto de la rigidez de los salarios. Si no se hace ese supuesto, el sistema keynesiano sencillamente se desintegra o, dicho de otra manera, pierde su cualidad distintiva y diferencial que lo separa de lo que se conoce ampliamente como sistema 'clásico'" (Haberler, 1967, p. 302)

[39] Dillard sostiene que “In the vast literature on Keynes almost no recognition has been given to his Theory of Monetary Economy, and the concept has not been developed anywhere” (Dillard, 1954, p. 3)

[40] “La división de la economía en teoría del valor y la distribución por una parte y teoría del dinero por la otra, es, en mi opinión, una separación falsa. Sugiero que la dicotomía correcta es entre la teoría de la industria o firma individual y las remuneraciones y distribución de una cantidad *dada* de recursos entre diversos usos por una parte y la teoría de la producción y la ocupación *en conjunto* por otra. Es verdad que mientras nos limitemos al estudio de la industria o firma individual, suponiendo que la cantidad total de recursos es constante y, provisionalmente, que las condiciones de otras industrias o firmas no han cambiado, no nos estaremos refiriendo a las características importantes del dinero. Pero tan pronto como pasemos al problema de la determinación de la producción y la ocupación en conjunto, necesitaríamos la teoría completa de una economía monetaria.” (Keynes, 1992, p. 260)

[41] A pesar de su extraordinaria difusión el tratamiento de los problemas económicos en estas dos esferas separadas sigue despertando inquietud y aun resistencia en muchos teóricos; en el seno de la escuela marginalista el intento de reconciliación se conoce como la búsqueda de los esquivos “fundamentos microeconómicos de la macroeconomía”.

[42] Según Bleaney, los neoclásicos no lamentaron demasiado este revés en el terreno práctico: “The neoclassical synthesis was thus happy to grant to Keynes in the policy field what it denied him in theory. But he did not, after all, overthrow the formidable body of refined neoclassical thinking” (Bleaney, 1985, p. 22). También Argandoña comparte esta perspectiva.

[43] Históricamente las políticas keynesianas son previas a la aparición de la *Teoría General*, que se convierte en realidad en su fuente de legitimación en el campo teórico. Por otra parte, prácticamente todos los historiadores coinciden en que las políticas por las que abogaba Keynes eran compartidas por gran parte de la profesión en esos días, aunque carecían de un sustento formal elaborado (ver Blaug 1985, Bleaney 1985, Temin 1990, Skidelsky, 1994, entre otros). Blaug menciona a unos pocos economistas que durante la gran depresión se opusieron al estímulo de las obras públicas: Robbins, Hayek, Hawtrey, Cannan, Schumpeter y Cassel (Blaug, 1985, p. 799 y ss.)

[44] La discusión sobre la capacidad del esquema IS LM para representar la esencia de la *Teoría General* está plagada de sorpresas. Los cambios de opinión afectaron incluso al creador del modelo. El pol{emico y mudable Hicks afirmaba en 1977 que *Keynes a reconnu que IS-LM était un énoncé correct de ses positions* (Hicks, 1977, citado en Kregel, 1985, p. 223), confirmando la fidelidad de su criatura con respecto a la *Teoría General*. Más adelante el “segundo” Hicks –crítico de la teoría neoclásica del capital- renegará de sus puntos de vista anteriores: “La ‘revolución keynesiana’ concluyó a medio cocinar Los equilibristas ... pensaron que lo que Keynes había planteado podía ser absorbido dentro de sus sistemas de equilibrio general. Debo decir que el diagrama es ahora mucho menos popular conmigo que ... con muchas otras gentes. Este reduce la *Teoría General* a la economía del equilibrio” (Hicks, 1976, citado en Puyana Ferreira, 1997, p. 188-9).

[45] Para Mankiw en esta época se inicia un período de dispersión del que la macroeconomía nunca logrará recuperarse. El consenso se desmorona y con él las viejas certezas: “El modelo IS-LM aparece raramente en las revistas académicas; algunos economistas ven al modelo como una reliquia de tiempos pasados y ni siquiera se toman la molestia de enseñarlo” (Mankiw, 1990). Esta pérdida de hegemonía resultó según Mankiw de una conjunción de fallas empíricas y teóricas. Cabe observar que para este autor, como para muchos “neokeynesianos”, como veremos luego, la diferencia entre el pensamiento de la síntesis y el de Keynes o bien no existe o bien es irrelevante. Lo que no se discute es si el modelo IS-LM es un adecuado resumen de la *Teoría General*.

[46] La distinción entre las palabras textuales del autor y su “visión” es tomada de Schumpeter.

[47] Esta perspectiva ya había sido explorada aunque sin ser explotada exhaustivamente por Patinkin (1959). Ver *supra*.

[48] Los modelos de la síntesis son cuestionados ya que se basan en una inadecuada concepción de equilibrio general (Ver *supra* Modigliani, en donde se acepta explícitamente la filiación walrasiana del marco analítico).

[49] Hicks en su *Valor y capital* reconocía ya la existencia de estas operaciones falsas que producen efectos-ingreso, impartiendo “un cierto grado de indeterminación a las leyes económicas”, aunque relativiza su trascendencia (Hicks, 1945, p. 147).

[50] “El primer requisito de una teoría relevante para una economía monetaria debe ser que refleje la propiedad singular del dinero [la de ser medio de compra, AK]” (Clower, citado en Leijonhufvud, 1976a, p. 70)

[51] “El desequilibrio keynesiano lo hemos discutido como debido a un ‘fallo en la comunicación’ que rompe la coordinación de las actividades económicas” (Leijonhufvud, 1967b, p. 117)

[52] Si bien la discusión acerca de la originalidad de Keynes distancia a Leijonhufvud del *mainstream* de la síntesis, en lo que respecta a las recomendaciones de política su postura no es especialmente disruptiva. Para este autor, la economía atraviesa distintos estadios a los que se corresponden medidas económicas diferenciales por parte de las autoridades. En cada situación particular se verifican condiciones de tipo “no keynesianas” o “keynesianas”. El sistema puede hallarse entonces en uno de dos estados posibles: en el primero de ellos los mecanismos autocorrectivos del sistema funcionan correctamente tal como supone la representación neoclásica, por lo que las políticas monetaristas serán adecuadas. Fuera de este “corredor” de normalidad se debilitan las fuerzas que conducen al sistema hacia el equilibrio, el multiplicador se robustece y por tanto las políticas fiscalistas tienen mayor efectividad. En este caso, nuevamente las dificultades se atribuyen a los aspectos “institucionales”, como las asociaciones de trabajadores, las trabas legales, los salarios mínimos, que impiden al mercado alcanzar el equilibrio por sus propios medios (Leijonhufvud, 1979, p. 311). En este punto las diferencias parecen haberse disuelto.

[53] También sirvieron de disparador para una interesante vertiente de investigación sobre las situaciones de desequilibrio: el llamado equilibrio no walrasiano o con racionamiento. Estos modelos arrojan estados estables, en los que no existen estímulos para modificar el comportamiento de los agentes y sin embargo una parte de los recursos no es utilizada. Se inscriben en esta línea autores como Barro, Grossman, Benasy, Grandmont, Dreze, Malinvaud.

[54] Tal como pretendemos poner de manifiesto en esta reseña, no existe un acuerdo general acerca de cuáles son esas “ideas keynesianas” originales. La afirmación sobre la filiación teórica del monetarismo debe entenderse en este contexto como una solidaridad con las líneas fundamentales de la síntesis neoclásica. En el debate entre keynesianos y monetaristas el herramental teórico básico era compartido por ambos grupos.

[55] Las palabras de Keynes son contrarias al *money always matters* del monetarismo: “si nos vemos tentados de asegurar que el dinero es el tónico que incita la actividad del sistema económico, debemos recordar que el vino se puede caer entre la copa y la boca ; porque si bien puede esperarse que, *ceteris paribus*, un aumento en la cantidad de dinero reduzca la tasa de interés, esto no sucederá si las preferencias por la liquidez del público aumentan más que la cantidad de dinero ...” (Keynes 1992, p. 156)

[56] Su ambiciosa *A Monetary History of the United States, 1861-1960* pretende reconstruir la historia económica desde esta perspectiva (Friedman y Schwartz, 1963)

[57] Para Friedman, la función consumo cobró relevancia en el pensamiento económico “...since Keynes made it a keystone of his theoretical structure in *The General Theory*” (Friedman, 1964, p. 26). Sin embargo, la hipótesis de Keynes según la cual el “...current consumption expenditure is a highly dependable and stable function of current income” (op. cit. p.26) fue refutada por el material empírico recopilado. Sin la función consumo el multiplicador de la inversión basado en la propensión marginal a consumir pierde sustento.

[58] El problema es entonces planteado en nuevos términos, más categóricos: ¿Keynes está o no definitivamente muerto ? (ver Argandoña, 1996, p.12)

[59] “Si los modelos son tan sensibles a la formación de las expectativas, la falta de una teoría general de las expectativas resulta una situación bastante insatisfactoria. No parece apropiado que la política económica dependa de lo que los economistas piensan que el público cree” (Sheffrin, s/f, p. 16)

[60] La posición de Mankiw, un nekeynesiano, muestra cómo las expectativas racionales fueron aceptadas por los grupos contendientes en el debate sobre la política económica al interior de la escuela neoclásica.

[61] Las contribuciones iniciales de J. F. Muth, M. Friedman, E. S. Phelps y R. E. Lucas fueron cruciales para estos desarrollos.

[62] Mankiw y Romer admiten que más allá de las fuertes diferencias con los nuevos clásicos, tanto el diagnóstico negativo sobre el pensamiento de la síntesis como los objetivos generales de las investigaciones son compartidos por ambas escuelas: “*The new classical economists argued persuasively that Keynesian economics was theoretically inadequate, that macroeconomics must be built on a firm microeconomic foundation. They also argued, less persuasively, that Keynesian economics should be replaced with macroeconomic theories based on the assumptions that markets always clear and that economic actors always optimize*” (Mankiw & Romer, 1991, p. 1).

[63] Para Argandoña los nekeynesianos “siguen a Keynes pero con la mediación de los keynesianos, sin importarles mucho lo que el maestro dijo realmente. Y no cabe duda de que sus planteamientos, así como algunas de sus conclusiones, habrían sido rechazadas por el autor de la *Teoría General*” (op. cit., p.14)

[64] En un principio se denominó postkeynesiana también a la economía de algunos seguidores de Keynes *dentro* de la tradición neoclásica, pero luego el nombre sirvió para distinguir a los autores no neoclásicos, enfrentados a la síntesis. Así, en 1954, K. Kurihara edita una compilación de ensayos en honor a Keynes en un libro titulado *Post-Keynesian Economics* (Kurihara, 1954). Estrictamente hablando la mayor parte de las contribuciones reunidas pertenecen a la síntesis.

[65] Keynes obtuvo en cierta medida este debate al denominar “clásicos” tanto a los autores pertenecientes a la escuela clásica (en especial Ricardo) como a algunos de sus propios predecesores marginalistas. Por otra parte, consideraba a Marx un autor menor, aunque reconoce su paternidad sobre la teoría de la demanda efectiva.

[66] El análisis detallado de las fechas de publicación de los artículos de uno y otro llevan a algunos autores a afirmar que el descubrimiento de Kalecki antecede al de Keynes (Screpanti y Zamagni, p. 249; para Robinson, 1959, se trata de un caso de simultaneidad). Algunos atribuyen el menor influjo de su pensamiento a su origen polaco (Boyer, 1985 p. 548) otros a su filiación marxista. Kalecki mismo afirma haber alcanzando la esencia de la *Teoría General* en obras publicadas en polaco en 1933, 1934 y 1935.

[67] Harcourt sostiene que “*Kalecki is a most important patron saint of the post-Keynesians*” (Harcourt, 1977, citado en Sawyer, 1985, p. vii). Sin embargo existen notorias diferencias con Keynes. Enumeramos algunas. Kalecki establece una distinción entre la capacidad de ahorro de los trabajadores y la de los capitalistas; dispone de una particular teoría de la fijación de los precios en base al “grado de monopolio”; considera a la ganancia como una variable central en el análisis; y desarrolla una teoría articulada del ciclo económico asociado a las fluctuaciones de la inversión. Sus modelos han sido apreciados por sus seguidores por incorporar cruciales elementos de la realidad, como la creciente concentración de la industria, el enfrentamiento entre trabajadores y capitalistas, y otros

aspectos de naturaleza “política” –que cobran relevancia creciente en los últimos trabajos de Kalecki–. Para un detallado análisis de los contrastes entre ambos autores, ver Saywer (1985, cap. 7).

[68] Las críticas poskeynesianas a la noción neoclásica de capital son aceptadas por algunos neoclásicos renombrados (entre ellos, finalmente, Samuelson). Hicks se inclina por esta posición anti-marginalista en su *Capital y crecimiento* (1965), lo que lo conduce a rechazar su anterior interpretación de Keynes.

[69] De manera elocuente en el capítulo 4 de la *Teoría General* se cuestiona todo intento de medir el producto y el stock de capital en términos reales, señalando el problema de la no homogeneidad de sus componentes. Esta posición coincide con la de los economistas *cambridgeanos*.

[70] El artículo se llama “*Dr. Hayek on Money and Capital*” y fue publicado por Sraffa en 1932.

[71] Se destacan en esta escuela, entre otros, los aportes de J. Kregel, M. Lavoie, S. Marglin, P. Davidson, J. Steindl, P. S. Labini, A. S. Eichner, A. Asimakopulos y H. Minsky.

[72] Al preguntarse acerca de las razones de esta marcada divergencia entre el pensamiento keynesiano y el de Keynes, Minsky le asigna gran poder explicativo a la actitud complaciente de Keynes ante las primeras repercusiones de la Teoría General, e incluso a su repliegue intelectual luego del infarto que sufrió a principios de 1937, seguido por el cambio en el eje de las discusiones durante la Segunda Guerra Mundial (Minsky, 1987, p. 26). Keynes fue un cómplice –seguramente involuntario– de la tergiversación de la Teoría General.

[73] Con estructura financiera se refiere a “*un ensemble particulier d’institutions et de relations financières sur comportement de l’économie.*” (Minsky, 1985, p.307)

[74] P. Davidson es otro de ellos. Menciono estas contribuciones en tanto se aproximan a nuestras ideas.

[75] Goldner se refiere incluso a un marxismo nekeynesiano, aunque la unidad la encuentra en su concepción sociológica del problema económico, es decir, la reducción de la comprensión teórica de la crisis, en última instancia, a una cuestión de poder. “*Baran, Sweezy and their progeny among the theoreticians of ‘monopoly capitalism’, this modern ‘Marxism’ recognizes a ‘common ground’ with Keynesianism—a common ground made explicit in individuals like Kalecki and Joan Robinson-- neo-classical theory has been imported into ‘Marxism’... Neo-Keynesian ‘Marxism’, which transforms the Marxist problematic of the total capital and expanded reproduction into a theory of ‘monopoly prices’, ‘domination’, and ‘power’ (that is, into a sociological and Weberian problematic) thus completely accepts the Malthusian framework, while changing particular judgements on welfare. The theory of monopoly capitalism is a theory founded on a moral judgement. It is not a theory, like that of Marx, about forces and relations of production.*” (Goldner, 1999)

[76] Ejemplos de este interés se encuentran en las contribuciones de J. Holloway, A. Negri, W. Bonfield, S. Clarke, P. Mattick, M. De Angelis, J. Weeks, entre otros.

[77] El texto corresponde a la sección “Identificación del aporte que se realizará” del Plan de Tesis.

[78] En este punto coincidimos con las *intenciones* expresadas por Leijonhufvud en su *Keynes y los keynesianos* (Leijonhufvud, 1976b), aunque nuestras apreciaciones difieran sustancialmente de las de ese autor.

[79] En algunos casos se incluyen los capítulos 11, 13 y 18. Sólo ocasionalmente el 12 y el 21. Los fragmentos que tratan de los determinantes del consumo y la inversión sólo se estudian en discusiones específicas sobre esos temas, que incluso se convirtieron en temáticas con peso propio, apartadas del resto del debate.

[80] Hansen en su clásica *Guía de Keynes* considera a los capítulos 16 y 17 “otro rodeo que podría evitarse sin sacrificar el argumento principal” (Hansen, 1966, p. 140) y sobre el capítulo 17 llega incluso a afirmar que “no se habría perdido mucho, si este capítulo no se hubiera escrito nunca” (op. cit., p. 143). Robinson sostiene que “[W]hen Keynes was writing ... chapter [17], he admitted that he was groping for ideas that were new to him, and I do not think that he ever quite succeeded in seizing them” (Robinson, 1956, p. 138, citado por Asimakopulos, 1991, p.103)

[81] Sobre estas bases puede discutirse si Keynes es marshalliano, walrasiano, ricardiano, etc.

[82] Esta lectura dará lugar a una reinterpretación del viejo debate “Keynes y los clásicos”. Lekachman sintetiza el núcleo del problema: “[W]as Keynes, his own protestations to the contrary, essentially a ‘classical economist’?” (Lekachman, 1964)

[83] Sólo mencionamos las obras citadas en el presente trabajo.